

Unidad y Carismas

Carismas en comunión

El soplo del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy

Card. Miloslav Vlk

El carisma de la unidad de Chiara Lubich
al servicio de la comunión
entre carismas antiguos y nuevos

María Voce

Juan Pablo II, «constructor
de la comunión de los carismas»

Pierluigi Cameroni, s.d.b.

A la luz del carisma
de la unidad de Chiara Lubich

Manuel Morales, o.s.a.

El desafío de la comunión
en la familia franciscana

José Rodríguez Carballo, o.f.m.

N.º 80/2011

Octubre - Diciembre



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Director: José Damián Gaitán, o.c.d. **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadecarismas.es

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

www.unidadecarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaecarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unité et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

CARISMAS EN COMUNIÓN

Editorial

La comunión entre carismas *José Damián Gaitán, o.c.d.* 2

Perspectivas

El soplo del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy *Card. Miloslav Vlk* 4

El carisma de la unidad de Chiara Lubich al servicio
de la comunión entre carismas antiguos y nuevos:
Asís 2000 y perspectivas *María Voce* 8

Testigos

Juan Pablo II, «constructor
de la comunión de los carismas» *Pierluigi Cameroni, s.d.b.* 15

Experiencias

A la luz del carisma de la unidad
de Chiara Lubich *Manuel Morales, o.s.a.* 20

Movimientos en comunión,
de Pentecostés 1998 a Stuttgart 2004 *Mario Landi* 23

Con lo otros carismas al servicio de la Iglesia *Valeria Martano* 27

Nuevos horizontes

El desafío de la comunión
en la familia franciscana *José Rodríguez Carballo, o.f.m.* 32

Recordando un momento de gracia:
40 años del Movimiento de las religiosas *Antonia Moiola, s.b.g.* 37

La comunión entre carismas

LA comunión con Dios y con los hermanos los hombres pertenece a la misma esencia de la vida cristiana, y, por lo tanto, de la Iglesia. Quizá por eso mismo, en la exhortación postsinodal *Vita consecrata* (1996), de Juan Pablo II, se quiso dedicar varios números a explicar cómo han de vivir los consagrados su vocación y sus propios carismas en y dentro de una Iglesia que por su propia naturaleza está llamada a ser comunión. Así, en dicho texto, se explica cómo ha de ser la comunión de los carismas con la Iglesia universal, con la Iglesia particular, con las otras vocaciones, con los laicos, pero también con los otros carismas y formas de vida consagrada.

Me parece muy importante que no se haya dejado de lado este aspecto. Porque, si algún sentido tiene la vida consagrada, es precisamente la misión de poner de relieve, en medio de la comunidad cristiana y en nuestro mundo, la centralidad de los valores evangélicos en su más pura esencia. Pero es muy importante no perder de vista que cualquier valor particular de vida evangélica adquiere su sentido más verdadero junto con los demás valores y en comunión con ellos, dando así testimonio entre todos de lo que se denomina el “evangelio del amor”.

Esto es lo que se nos explica en el texto siguiente, cuyo razonamiento tiene matices que es importante no pasar por alto. Dice así: *«El sentido eclesial de comunión alimenta y sustenta también la fraterna relación espiritual y la mutua colaboración entre los diversos Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica. Personas que están unidas entre sí por el compromiso común del seguimiento de Cristo y animadas por el mismo Espíritu, no pueden dejar de hacer visible, como ramas de una única Vid, la plenitud del Evangelio del amor. Permaneciendo siempre fieles a su propio carisma, pero teniendo presente la amistad espiritual que frecuentemente ha unido en la tierra diversos fundadores y fundadoras, estas personas están llamadas a manifestar una fraternidad ejemplar, que sirva de estímulo a los otros componentes eclesiales en el compromiso cotidiano de dar testimonio del Evangelio»* (*Vita Consecrata* 52).

Unos años más tarde, el organismo vaticano encargado de la vida consagrada, la CIVCSVA, publicó un documento (*Caminar desde Cristo*, 2002) en el que se volvió a insistir en esas mismas ideas arriba indicadas, pero añadiendo de alguna manera un matiz o aspecto algo novedoso: el de la “Comunión entre carismas antiguos y nuevos”. A todo ello se dedicó un número bastante amplio (nº 30), lo que indica la importancia que se quería conceder a ese tema.

En ambos textos aquí citados se pide que la comunión entre carismas de vida consagrada y de vida evangélica sea no sólo teórica sino sobre todo práctica; y no sólo vivida a nivel particular,

sino también institucional. Unas metas que, sin duda, muchos tienen presentes y por las que están trabajando desde hace años; conscientes, por lo demás, de lo mucho que aún queda por hacer, y del peligro, que a todos nos acecha, de caer en la desidia, en el individualismo carismático, o en la pura institucionalización de las relaciones, con cierta falta de carga vital, y, por lo mismo, de verdadera comunión o intercomunión entre los carismas.

Para profundizar y dar mayor visibilidad a este necesario diálogo y comunión dentro de la Iglesia, que no hay que darle ni mucho menos por supuesto, hace ahora un año (23 octubre de 2010) tuvo lugar en Asís una jornada de encuentro y reflexión, promovida por instituciones pertenecientes a carismas tanto antiguos como más recientes. Participaron en la misma más de 1300 personas, de diferentes carismas, tanto antiguos como nuevos, y de diferentes edades, no faltando a la cita los jóvenes, para los que hubo también un momento especial.

En el presente número se ha querido recoger algunas de las aportaciones más importantes de dicha jornada. Por lo demás, este es, sin duda, un tema de gran actualidad, en el que nuestra revista desde sus orígenes, precisamente por su inspiración y vinculación con el carisma de la unidad, de Chiara Lubich, siempre se ha sentido llamada a trabajar y a dar su aportación.

José-Damián Gaitán, o.c.d

JESÚS ESTÁ ENTRE NOSOTROS

Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros. Y esto vale.
 Vale más que cualquier otro tesoro que pueda poseer nuestro corazón:
 más que nuestra madre, nuestro padre, nuestros hermanos o nuestros hijos.
 Vale más que nuestra casa, nuestro trabajo, nuestra propiedad;
 más que las obras de arte de una gran ciudad como Roma,
 más que nuestras ocupaciones,
 más que la naturaleza que nos rodea, con flores y prados, el mar y las estrellas;
 ¡más que nuestra alma!

Él, inspirando a sus santos con sus eternas verdades, hizo época en toda época.

También ésta es su hora: no de un santo, sino de Él mismo;
 de *Él entre nosotros*, de Él vivo en nosotros,
 que construimos –en unidad de amor– su Cuerpo místico.
 Pero es preciso dilatar a Cristo, hacerlo crecer en otros miembros;
 hacerse, como Él, portadores de Fuego.
 ¡Hacer uno de todos y, en todos, el Uno!

Vivamos momento a momento en la caridad la vida que Él nos da.
 El amor fraterno es el mandamiento básico,
 por lo cual todo vale si es expresión de sincero amor fraterno.
 Nada de lo que hacemos vale si en ello no se da
 el sentimiento de amor por los hermanos;
 pues Dios es Padre y tiene en el corazón siempre y sólo a sus hijos.

Chiara Lubich, Meditaciones

El soplo del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy

Card. Miloslav Vlk

Palabras de saludo y homilía del cardenal emérito de Praga, durante la celebración de la misa en la Basílica de Santa Clara, en Asís, en la jornada de comunión entre carismas antiguos y nuevos.

AL iniciar esta Eucaristía saludo con todo mi corazón a todos vosotros, representantes de tantos carismas en la Iglesia. Nos hemos reunido en Asís bajo la protección de san Francisco y de santa Clara para celebrar una jornada dedicada a la comunión entre los carismas, diez años después del famoso encuentro entre la vasta y variopinta Familia franciscana y el Movimiento de los Focolares, también difundido en todo el mundo y tan variado en sus expresiones.

Nuestro encuentro de hoy tiene un solo objetivo: continuar el camino de comunión entre los carismas antiguos y nuevos, suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia para mostrar la “belleza y la riqueza” de la Iglesia de hoy, prosiguiendo el camino que nos indicó el papa Juan Pablo II en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. Nos hemos reunido no solo entre nosotros, sino espiritualmente también con todos los que viven algún carisma, con los

fundadores de diversos carismas que ya están en el paraíso.

Queremos dar gracias en esta Eucaristía por los abundantes dones otorgados por el Espíritu Santo a lo largo de la historia en la Iglesia, estando abiertos a ulteriores dones suyos, los que aparecen en nuestros días, para acoger fielmente los carismas regalados para el hoy de la Iglesia y del mundo. Celebremos en la unidad entre nosotros, en la comunión de los carismas, con la viva y fuerte presencia de Jesús resucitado entre nosotros.

Juan Pablo II, ante el Gran Jubileo del año 2000, había invitado a toda la Iglesia a una preparación de tres años, dedicados a la Santísima Trinidad, cada año a una Persona divina. El segundo año, 1998, estaba dedicado al Espíritu Santo y a su función en la Iglesia. El papa quería presentar una gran “muestra” de su acción y hacernos a todos conscientes de los frutos por Él suscitados. Y entonces, la vigilia de Pentecostés, con-

vocó a todos los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades que el papa consideraba frutos actuales de la acción del Espíritu Santo. De hecho, durante aquella tarde, dijo haber sentido la Plaza de San Pedro como un único gran Cenáculo y nosotros, que éramos testigos de aquel acontecimiento, teníamos la impresión de respirar la atmósfera de Pentecostés.

Se reunieron más de 50 movimientos católicos, casi todos laicos, con sus líderes. Algunos de ellos saludaron al Santo Padre. Chiara Lubich en aquella ocasión le prometió poner al servicio de los movimientos su carisma de la unidad para sostener la comunión y la colaboración entre ellos. Continuando este compromiso, acogido con gran alegría y repetidos ánimos del papa, hemos llegado hoy a este momento.

En aquel histórico encuentro vimos verdaderamente realizarse la Palabra de Jesús: «Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros... Os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho...» (Jn 14, 15ss).

El Espíritu Santo, en efecto, nunca ha abandonado a la Iglesia, pero nosotros no siempre lo hemos entendido. Durante la historia de la Iglesia el Señor siempre ha enviado el Espíritu, nunca nos ha dejado huérfanos. De ello son testigos vuestros carismas antiguos, centenarios, tan bien representados aquí en Asís, pero también los nuevos carismas, también presentes aquí, todos para demostrar que en cada tiempo y en cada lugar Dios interviene para renovar su Iglesia.

En los últimos sesenta años nos damos cuenta de la fuerte secularización en todo el mundo occidental, no solo en los Países orientales bajo el dominio soviético. Se ha difundido un inundante sentido de la ausencia de Dios; los valores espirituales parecían evaporarse y anularse. Al mismo tiempo se notan muchos esfuerzos para cambiar esta

situación, se buscan nuevos métodos para hacer frente a las actuales dificultades.

Con la preparación al Gran Jubileo, y especialmente con el año dedicado al Espíritu Santo, el papa señaló una línea de orientación llena de confianza. Quería hacernos entender que Dios mismo ha tomado en sus manos la situación y nos ofrece los elementos para hacerla cambiar. Con la “muestra” del Espíritu Santo y de su acción debemos darnos cuenta que Dios ha tomado la iniciativa de un modo inesperado: infunde abundantemente su Espíritu, que es potencia, que da la vida. En el fondo siempre ha sido así en la historia de la Iglesia.

«No existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa».

En el mundo actual, donde experimentamos tantas dificultades, Dios ha derramado su Espíritu de un modo potente en los nuevos movimientos eclesiales, suscitados también para ser instrumentos en la salvación del mundo. La vigilia de Pentecostés 1998 fue precedida de un congreso de tres días sobre los movimientos, convocado por el Pontificio Consejo para los Laicos. Juan Pablo II les envió un mensaje rico en contenidos y novedad; por ejemplo, la formulación sobre la relación entre dos dimensiones en la Iglesia: «No existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa».

En otras palabras, la dimensión jerárquica y la dimensión laical, la dimensión petrina y la dimensión mariana. La dimensión “institucional” no se refiere a las estructuras, sino a las realidades instituidas

por Jesús en la fuerza del Espíritu Santo. El Santo Padre escribió que estas dos dimensiones son “*co-esenciales*” a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque ambas concurren a hacer presente el misterio de Cristo y su obra de salvación en el mundo. Juntas, además, miran a renovar la autoconciencia de la Iglesia, que, en cierto sentido, ella puede tener de sí misma como *movimiento*, en cuanto acontecimiento en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre en la potencia del Espíritu Santo. O sea, no se puede prescindir de ello. Quien piensa en la Iglesia solo como jerarquía, la está privando de una dimensión esencial e indispensable.

También encontramos la confirmación de esta afirmación en san Pablo, cuando dice que la Iglesia está construida sobre los apóstoles y los profetas. No podemos contentarnos con los apóstoles y renunciar a la dimensión profética. ¿Y quién expresa la dimensión profética si no los carismas, en los que las mujeres no son menos que los hombres, donde no cuentan los estudios, las categorías, el poder? En estos tiempos difíciles de la Iglesia, en los que aparecen también los límites de ciertas estructuras demasiado cerradas en sí mismas, hemos de darnos cuenta que los carismas son importantes, son esenciales, más aún, *co-esenciales* en la Iglesia. Vuestra presencia aquí, en esta celebración eucarística, es un signo tangible y convincente.

Decía que en la Plaza de San Pedro había una atmósfera de Pentecostés. Aquel acontecimiento, seguido después del desafío lanzado por el papa en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, fueron importantes indicaciones para la Iglesia del tercer milenio. Nos pudimos dar cuenta que, como al inicio de su vida terrena, Jesús vino en el Espíritu Santo, y así quiere llegar siempre, también hoy, en el Espíritu Santo.

De hecho, el Espíritu Santo siempre ha acompañado la manifestación del Hijo de Dios: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*» (Lc 1, 35), dice el ángel a María. En la ribera del Jordán, al comienzo de la misión de Jesús, el Espíritu Santo bajó sobre él en forma corporal, como una paloma (cf. Lc 3, 22). Luego afirmó él mismo en Nazaret; «*El Espíritu del Señor sobre mí*» (Lc 4, 18). Y al anuncio de su Buena nueva la gente exclamaba: «*¡Qué palabra es ésta! Da órdenes con autoridad y poder...*» (Lc 4, 36). “Poder” aquí significa la fuerza del Espíritu Santo. Jesús sobre la cruz “*edoken to pneuma*”, entregó el espíritu (Jn 19, 30). Resucitado de entre los muertos por el Espíritu, después infundió su Espíritu sobre los apóstoles para preparar el lugar permanente de su presencia, la Iglesia, donde él sigue hablando y actuando con la fuerza del Espíritu en los sacramentos.

Jesús también ha definido el lugar donde está presente, donde habla y actúa, de modo muy sencillo: «*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre (es decir, en mi amor), allí estoy yo, en medio de ellos*» (Mt 18, 20). San Juan define el nombre de Dios: «*Dios es amor*» (1 Jn 4, 8), y esto significa que Jesús quiere estar presente, hablar y actuar donde hay comunión de amor. Pero no basta un amor humano, sensible, sensual. Es necesario el amor «*derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rm 5, 5).

Nuestra comunión, pues, debe ser una realidad construida por el Espíritu Santo. Lo cual significa que también hoy Jesús quiere venir –como siempre– en el Espíritu Santo. Él no puede llegar de otro modo.

Nuestra comunión no es para nosotros, para sentirnos bien, para ser felices, para no sé qué motivos. El sentido de nuestra comunión creada por el Espíritu Santo es que también hoy la Iglesia pueda responder activa y visiblemente al amor de Dios. En el

Antiguo Testamento Dios dice por boca del profeta: «*Mi delicia está en habitar con los hijos de los hombres*» (cf. *Pr* 8, 31). Y en el libro del Apocalipsis: «*Estoy a la puerta y llamo*» (3, 20). Jesús nos pide que le abramos la puerta, para poder entrar en este mundo.

La efusión tan abundante del Espíritu Santo, de la que hoy nos damos cuenta mejor que en el pasado encontrándonos juntos los carismas antiguos y nuevos, es un signo fuerte de que Dios quiere volver a nuestro mundo y nos invita a abrirle las puertas.

El mundo de hoy, acosado por crisis y conflictos interminables, bajo el peso de problemas insolubles como el hambre o

ciertas enfermedades, aún intenta buscar a Dios. Dos americanos han escrito un libro: *God is back* (Dios ha vuelto), señalando muchos signos de este fenómeno. No es posible dejar de recoger estos signos de los planes de Dios en el hoy de la Iglesia y del mundo.

Estamos contentos de entrever claramente cómo somos involucrados en el gran actuar de Dios, de Jesucristo que ha venido para vencer al mundo. Él nos invita a participar en esta victoria suya. «*Tened buen ánimo: yo he vencido al mundo*» (*Jn* 16, 33).

«¡Que la alegría del Señor sea vuestra fuerza!».

COMUNIÓN ENTRE CARISMAS ANTIGUOS Y NUEVOS

La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto. Abriéndose a la comunión con los otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunión, descubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (cf. *Rm* 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (cf. *1Co* 12, 31).

Se debe favorecer el encuentro y la solidaridad entre los Institutos de vida consagrada, conscientes de que la comunión «está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. *1Co* 12.12) (*NMI*, 46).

No se puede afrontar el futuro en dispersión. Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio, aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia. Los gozos y los dolores, las preocupaciones y los acontecimientos pueden ser compartidos y son de todos.

CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 30.

El carisma de la unidad de Chiara Lubich al servicio de la comunión entre carismas antiguos y nuevos: Asís 2000 y perspectivas.

María Voce

Exposición de la Presidente del Movimiento de los Focolares en la que presenta el desarrollo histórico de la comunión entre carismas a partir de Pentecostés del '98 y, a la luz del compromiso personal de Chiara Lubich en los últimos años de su vida, ofrece algunas líneas fundamentales del carisma de la unidad.

HE acogido con alegría la invitación dirigida a la Obra de María en mi persona para participar en esta jornada de comunión entre numerosas expresiones carismáticas de la Iglesia, en las que vemos casi una «*expo de los frutos del Espíritu*».

Han pasado diez años desde que Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares u Obra de María, dirigió un auspicio profético a los franciscanos reunidos en esta misma basílica: «*Que el Señor bendiga también esta comunión con ustedes, gloria y vanguardia de la Iglesia, a fin de que su aspecto carismático adquiera nuevo vigor, nuevo esplendor y, en la unidad plena y cordial con el institucional, produzca frutos nunca vistos*»¹.

Solo el Espíritu Santo podía hacer que

aquella comunión germinara en un nuevo florecimiento, originalísimo a los ojos del mundo, es decir, el de un árbol con flores y frutos diversos uno del otro, componiendo una única armonía divina que fascina a quien tiene la gracia de contemplarla, como sucede hoy a nosotros.

Un poco de historia

Pero volvamos a un punto de partida fundamental. El 30 de mayo de 1998, Juan Pablo II, al encontrarse por primera vez con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales, hizo que en la Iglesia se viviera un nuevo Pentecostés, manifestando el deseo de que los movimientos estuviesen cada

vez más en comunión entre ellos. En aquella ocasión Chiara Lubich le hizo una promesa: «Queremos asegurarle, Santidad, que, siendo nuestro carisma específico la unidad, nos comprometemos con todas nuestras fuerzas a contribuir para realizarla plenamente»².

Desde entonces ha ido creciendo entre unos veinte movimientos católicos una comunión hecha de oración, de dones y de ayudas concretas. Algunos de ellos han creado secretarías especiales; se han desarrollado más de 200 encuentros en el mundo, experimentando gran abundancia de efectos: de amor por el Papa, de servicio a la Iglesia, de amor universal por todas las Iglesias.

Cuando los responsables de movimientos de otras Iglesias han llegado a conocer esta experiencia, han querido sentirse igualados y la comunión se ha dilatado aún más, llegando a realizar conjuntamente grandes manifestaciones mediante el proyecto de “Juntos por Europa”, difundiendo también por todas partes este espíritu de comunión y de fraternidad.

Un ulterior florecimiento: la comunión entre carismas antiguos y nuevos

Para actuar la promesa hecha a Juan Pablo II en Pentecostés del 98, Chiara da otro paso: la comunión con familias religiosas nacidas de carismas menos nuevos. Y pone la primera piedra de este diálogo-comunión entre las familias religiosas como expresiones de la Iglesia carismática justamente aquí, sobre la tumba de san Francisco, el 26 de octubre de 2000.

Chiara comunica su pasión por la unidad: «Siempre tengo en el corazón las últimas palabras de Juan Pablo II cuando definió a los movimientos: ‘Expresiones significativas, aunque no las únicas, del aspecto carismático de la Iglesia’»³.

«Existen –continuaba Chiara– en la Esposa de Cristo infinitas joyas..., forjaduras de santos y de héroes, doctrinas estupendas, milagros sin nú-

mero de bien, todo ello fruto de carismas otorgados por el Espíritu Santo a través de los siglos. Por ellos, por lo que representan, –o sea, una Palabra de Jesús, una actitud suya u otra cosa– para las familias religiosas que lo encarnan, la Iglesia aparece y es un ‘Cristo desplegado en los siglos’»⁴.

Y concluía: «Por lo que ha sucedido entre nosotros en estos dos años, ya se puede prever cómo podrá ser la Iglesia... si esta comunión prosigue: será más una, más atrayente, más ardiente, más familiar, más dinámica, más mariana, más carismática»⁵. ¿Y no es ésta la realidad que hoy estamos experimentando juntos?

El diálogo que se inició en Asís, prosiguió después, aunque de formas diversas, con la familia benedictina en Montserrat, con los dominicos, con la obra de Madre Teresa de Calcuta, con las pequeñas Hermanas de Foucauld... Pero quisiera recordar explícitamente dos frutos significativos que son testimonio de las palabras de Chiara.

El primero fue la asamblea de la Unión de Superiores Generales de noviembre de 2002, en la que además de los representantes de las curias generales, estaban presentes 50 representantes de 14 movimientos y asociaciones laicales, no para hablar de la relación entre religiosos y movimientos, sino para comenzar a afrontar juntos los grandes desafíos que abría el tercer milenio.

Significativa fue la conclusión de Álvaro Rodríguez Echeverría, superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y entonces Presidente de la Unión de Superiores Generales: «No se trata de mirarnos el uno al otro, sino de mirar juntos en la misma dirección, la cual no puede ser otra que el plan salvífico de Dios. Debemos unir nuestros carismas para responder con creatividad a las nuevas formas de deshumanización, a las nuevas pobreza, a los reclamos que nos dirige el mundo de los excluidos»⁶.

El diario católico *L’Avvenire*, recogiendo una frase de Valeria Ronchetti, que había hablado en nombre de Chiara Lubich sobre

el “hacerse uno, sobre hacerse todo a todos”, hablaba de una experiencia de comunión intensa y riquísima entre carismas antiguos y nuevos.

Un segundo fruto muy importante para toda la vida consagrada, en el que es evidente el influjo de la experiencia de comunión vivida entre los institutos y los movimientos, es la referencia explícita que por primera vez se hace en la Instrucción *Caminar desde Cristo*, publicada precisamente el mismo año, en mayo de 2002. En el n. 30, con el título «*Comunión entre carismas antiguos y nuevos*», leemos: «*La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa... Abriéndose a la comunión con los otros Institutos... pueden acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (cf. Rm 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (cf. 1Co 12, 31)... Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu... aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia... Del encuentro y de la comunión con los carismas de los movimientos eclesiales puede nacer un recíproco enriquecimiento. Los movimientos pueden ofrecer a menudo un ejemplo de frescura evangélica y carismática, así como un impulso generoso y creativo a la evangelización. Por su parte los movimientos... pueden aprender mucho del testimonio... de la vida consagrada, que guarda... múltiples tesoros de sabiduría y de experiencia*».

El terreno en el que ha ido floreciendo la comunión entre los movimientos y la comunión entre los carismas antiguos y nuevos es evidentemente la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II.

En la Exhortación apostólica post-sinodal *Cristífidos laici*, en el n. 55, se dice: «*Todos los estados de vida, ya sea en su totalidad como cada uno de ellos en relación con los otros, están al servicio del crecimiento de la Iglesia... y se coordinan dinámicamente en su única misión*».

La espiritualidad de comunión para una Iglesia comunión

Desde que el Concilio Vaticano II definió a la Iglesia pueblo de Dios, con la famosa frase de Cipriano: «*La Iglesia universal se manifiesta como un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (LG 4), comenzó un largo y fructuoso camino, del que tal vez aún no hemos captado todo su alcance.

El Espíritu Santo ha orientado a todos hacia un camino comunitario, que mira a la Iglesia como una familia de hermanos unidos por el único Padre, lugar de la presencia de la Trinidad. Comunión y reciprocidad han sido puestas en evidencia y el mandamiento nuevo como realidad que hay que vivir a nivel eclesial, en todos los ambientes, entre todas las vocaciones y los estados de vida.

Esta comunión ha crecido con el tiempo, enriqueciéndose con nuevas expresiones, con una vitalidad cada vez más activa. Ahora se oye hablar de Iglesia-comunión, eclesiología de comunión, espiritualidad de comunión, Iglesia como «*casa y escuela de comunión*» (NMI 43).

La Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Europa* subraya la necesidad de la comunión entre los carismas para un camino de comunión en la Iglesia: «*Para vivir de manera plena la comunión en la Iglesia, hace falta valorar la variedad de carismas y vocaciones, que confluyen cada vez más en la unidad y pueden enriquecerla (cf. 1 Co 12)*» (29).

Y Juan Pablo II propone la “espiritualidad de comunión” para actuar cuanto el Espíritu ha sugerido a la Iglesia en el Concilio a fin de realizar su ser a imagen de la Trinidad y su misión de testimonio de la unidad en el mundo. Lo recuerda en su mensaje a los participantes en un encuentro de obispos amigos del Movimiento de los Focolares: «*En el momento histórico que estamos*

*viviendo hay ante nosotros una ardua misión: hacer de la Iglesia el lugar donde se vive y la escuela donde se enseña el misterio del amor divino. ¿Cómo será posible esto sin descubrir una auténtica espiritualidad de la comunión?»*⁷.

Resulta evidente la aportación que el Movimiento puede dar a la realización concreta de la comunión entre todas las realidades eclesiales. Es muy explícita la referencia del Papa Wojtyła a la “espiritualidad de la unidad” cuando resalta los dos pilares sobre los que se apoya la “espiritualidad de comunión”: el testamento de Jesús y el misterio de Jesús crucificado y abandonado como camino para alcanzarla, demostrando así una extraordinaria semejanza entre la “espiritualidad de comunión” por él presentada en la *Novo millennio ineunte*, y la “espiritualidad de la unidad”, hasta poder concluir que son la misma cosa.

Las raíces de la espiritualidad de unidad

Intentemos, pues, penetrar un poco más en esta espiritualidad de la unidad.

En la época de la aldea global, en la que la humanidad se siente llamada a ser una única familia, no es casual que la Palabra de Jesús, de la que Chiara se sintió estar llamada con todo el Movimiento a hacerse eco y testigo en este hoy de la historia sea: «*ut omnes unum sint*», que todos sean uno (cf. *Jn* 17, 21). Una Palabra entre las muchas dichas por Cristo, pero que era el centro y síntesis de su mensaje y de su vida: porque es el sueño del Padre, la oración suprema del Hijo hecho carne, el anhelo ansioso y decisivo de la existencia de todo hombre, el más grande desafío de nuestro tiempo y de siempre. Chiara la descubre en la lectura del Evangelio, en la oscuridad de un refugio durante la furia de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, en Trento.

Es como si una luz se encendiese por debajo de aquellas palabras del capítulo 17 del

Evangelio de Juan, con las que Jesús se dirige al Padre antes del momento de su pasión y muerte: palabras llenas de un significado arcano y de no fácil e inmediata comprensión para una joven de poco más de 20 años como ella, aunque providencialmente preparada.

«Y —cuenta— *me nació en el corazón la convicción de que habíamos nacido para esa página del Evangelio: para la unidad, es decir, para contribuir a la unidad de los hombres con Dios y entre ellos*»⁸.

Esta fue la intuición originaria que después se convirtió en el *leit motiv* de la vida de Chiara y de millones de personas que componen ahora el Movimiento de los Focolares. Iluminación que encuentra la posibilidad de realización en el descubrimiento-revelación de Jesús crucificado y abandonado como llave de la unidad con Dios y con los hermanos. Por tanto toda la espiritualidad está contenida en la unidad, como palabra síntesis del Evangelio, y en Jesús crucificado y abandonado, vértice de toda espiritualidad, como vía para realizarla.

Mediante el carisma de la unidad, don del Espíritu Santo, el Señor ha tenido la bondad de dar a conocer primero a Chiara, y a otros inmediatamente después, las líneas que han configurado un nuevo estilo de vida, una espiritualidad moderna llamada precisamente “espiritualidad de la unidad”, personal y comunitaria al mismo tiempo. Espiritualidad que coincide —como ya hemos visto— con la “espiritualidad de comunión” que Juan Pablo II propuso en la *Novo millennio ineunte* para que se viva en toda la Iglesia.

Esta espiritualidad suscita y promueve una vida a imagen de la Santísima Trinidad, vida traída por Jesús a la tierra. Así pensaban, de hecho, Chiara y sus compañeras estando bajo el flagelo de la guerra, en los primeros años de nuestro Movimiento.

Cuando un emigrante se traslada a un

país lejano, se adapta al ambiente que encuentra, pero a menudo sigue hablando su lengua, vistiendo según la moda de su país, construyendo la casa semejante a las de la madre patria.

Cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, se adaptó al modo de vivir del mundo, fue niño e hijo ejemplar, hombre y trabajador; pero trajo aquí abajo el modo de vivir de su Patria celestial, y quiso que hombres y cosas se recompusieran en un orden nuevo según la ley del Cielo: el amor. Y el amor fue precisamente —como subrayó Juan Pablo II cuando fue en 1994 a la sede central del Movimiento en Rocca di Papa— la «chispa inspiradora de todo lo que se hace bajo el nombre del 'focolar'»⁹.

De hecho, aun teniendo en el corazón el ardiente deseo de vivir todo el Evangelio, Chiara y las primeras focolarinas fueron atraídas especialmente por las palabras que hablan más explícitamente del amor: «Amarás a tu prójimo» (Mt 5, 43); «Amad a vuestros enemigos» (Mt 5, 44); «Toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'» (Gal 5, 14). Palabras de una fuerza extraordinaria, las únicas capaces de cambiar radicalmente la vida, como les sucedió a ellas.

Por una gracia verdaderamente excelsa, el Espíritu Santo las condujo muy pronto al corazón del Evangelio, incidiendo en sus mentes con caracteres de fuego, el mandamiento que Jesús llama suyo y nuevo: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros; que, como yo os he amado, así os améis también entre vosotros» (Jn 13, 34). ¿Pero cómo nos había amado él? Lo comprendieron cuando la luz de Dios las concentró en el grito de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Allí estaba el «cómo», allí estaba la medida de su amor y del amor recíproco pedido a nosotros: medida sin medida en darlo todo, en no reservarnos nada para no-

sotros mismos, en estar dispuestos a dar no solo la vida, sino también cualquier riqueza espiritual y material.

En su grito Jesús lo había dado todo; se había oscurecido en él incluso el sentimiento de su unión con el Padre. Se había sentido desunido de él, convirtiéndose así en artífice y camino de la unidad de los hombres con Dios y entre ellos. Jesús abandonado se había anonadado por amor, se había hecho nada por amor, dándonos así la más luminosa explicación de lo que es el amor: anularse, no ser, desaparecer, y así ser amor en acto. Este es el verdadero, el más pleno, el más auténtico amor.

Con su gracia, no obstante nuestra pequeñez, Chiara y todos los que la hemos seguido, hemos tratado de vivir así, y nos hemos dado cuenta que Jesús había traído a la tierra justamente el modo de vivir del Cielo.

La fidelidad al amor recíproco, vivido según el modelo de Jesús crucificado y abandonado, desembocaba en la unidad según la vida de la Santísima Trinidad. El mismo Concilio Vaticano II en la *Gaudium et spes* afirma que «es deber de la Iglesia hacer presente y casi visible a Dios Padre y a su Hijo encarnado» y que «a esto contribuye muchísimo la caridad fraterna de los fieles, quienes, unánimes en su espíritu... se muestran como signo de unidad» (21). Más aún, el mismo documento subraya que «cuando Cristo nuestro Señor ruega al Padre que todos sean 'una misma cosa' (Jn 17, 21-22)... insinúa una cierta semejanza entre la unión de las divinas personas y la unión de los hijos de Dios» (GS 24).

Nuevas perspectivas: la aportación del carisma de la unidad a la Iglesia-comunión

Hemos visto cómo la experiencia de la comunión entre carismas hecha hasta el presente ha permitido experimentar la multiplicación de muchísimos frutos en la Igle-

sia, así como el comienzo de ofrecer un testimonio más creíble al mundo.

En particular, el conocimiento recíproco y la circulación de los dones ha llevado al descubrimiento de la complementariedad de los carismas para que la Iglesia sea lo que debe ser: “*koinonía*”. Es decir, llegar a experimentar lo que san Bernardo escribe en la *Apología a Guillermo de Saint-Thierry*: «Admiro a todas las órdenes religiosas. Pertenezco a una de ellas con la observancia, pero a todas en la caridad. Nos necesitamos los unos a los otros: el bien espiritual que yo no tengo y no poseo, lo recibo de los otros. En este exilio, la Iglesia está todavía en camino y, si puedo decir así, plural: es una pluralidad única y una unidad plural. Y todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del padre, que comprende muchas moradas. Ahora existe división de gracias; entonces habrá distinción de glorias. La unidad, aquí o allá, consiste en una misma caridad»¹⁰.

Lo que dice Bernardo acerca de la complementariedad de las órdenes religiosas, hoy puede y debe extenderse a todos los carismas, también a las nuevas realidades eclesiales, como se afirma en el número 30 de la Instrucción *Caminar desde Cristo*.

Otro fruto original nacido y experimentado de la comunión entre los carismas es el redescubrimiento de la propia identidad carismática. La relación entre carismas diversos refuerza y enriquece la identidad de cada uno.

Chiara, en un encuentro promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos, preguntada sobre su experiencia y la del Movimiento de los Focolares, sugería que cada movimiento fuese fiel al designio de Dios, a la voluntad particular de Dios contenida en el propio carisma.

Ya en los primeros tiempos, Chiara invitaba a sus compañeras a caminar por el rayo de la voluntad de Dios mirando al sol: «Mira el sol y sus rayos... Camina hacia el sol en

*la luz de tu rayo, distinto de todos los demás, y cumple el maravilloso y particular designio que Dios quiere para ti. Infinito número de rayos, procedentes todos del mismo sol... Voluntad única, particular sobre cada uno. Los rayos, cuanto más se aproximan al sol, tanto más se aproximan entre ellos... Hasta que todos seamos uno»*¹¹.

Ahora bien, ¿cuál es la voluntad particular de Dios para quien ha recibido como don el carisma de la unidad y debe darlo a la Iglesia, para que ella no solo sea comunión, sino que pueda también realizar su misión de ser testimonio de la unidad en el mundo (cf. GS 24)?

Jesús Castellano, conocido experto en teología espiritual, escribía a Chiara: «Ese algo más que el Movimiento [de los Focolares] nos ofrece con la espiritualidad colectiva es la visión y la práctica de una comunión, de una vida eclesial ‘como cuerpo místico’, donde se da la reciprocidad del don personal y la dimensión de llegar a ser ‘uno’»¹². Ese algo más –continúa Castellano– lleva a decir: «si la Trinidad está en mí y está en ti, entonces la Trinidad está entre nosotros, estamos en una relación trinitaria... entonces nuestra relación es al modo de la Trinidad; mejor dicho, es la Trinidad la que vive en nosotros esta relación»¹³.

Y Chiara confirmaba: «Nosotros debemos procurar imitar la vida de la Santísima Trinidad amándonos unos a otros con la gracia de Dios como se aman entre ellas las Personas de la Santísima Trinidad. Y es precisamente esta vida el mayor testimonio de Dios al mundo»¹⁴.

Por tanto, cumplir la voluntad de Dios: hacer circular en las venas del Cuerpo de Cristo el amor trinitario, de modo que pueda iluminar las relaciones dentro de cada célula de la Iglesia, e instaurar el amor recíproco también en los diálogos con personas de religiones diversas o sin referencias religiosas pero de buena voluntad. Y esto porque el amor recíproco pedido por Jesús, es la condición para merecer su presencia, capaz de generar y edificar la Iglesia, como

afirma Tertuliano: «Donde dos o tres (están unidos) aunque sean laicos allí está la Iglesia»¹⁵.

Con esta presencia se construye el castillo exterior, como gustaba decir a Chiara, y es presentado el verdadero rostro de la Iglesia: “el Cristo total”, como solía decir Agustín. Así, por la contribución de los carismas en comunión entre ellos, la Iglesia podrá verdaderamente realizar su misión de conducir a la humanidad y al cosmos al seno de la Trinidad, permitiendo que el mundo pueda contemplar en la tierra la comunión que los santos, cristianos realizados, ya viven en el cielo. Será posible vivir «en la tierra como en el cielo» (Mt 6, 10).

María: icono de la Iglesia comunión

No puedo terminar mi intervención sobre la comunión de los carismas sin dirigir la mirada a María, madre de la Iglesia y de la unidad, definida por el entonces cardenal Ratzinger «modelo de la comunión eclesial... porque está allí en medio de los Apóstoles, en el corazón mismo de la Iglesia naciente y de la Iglesia de todos los tiempos»¹⁶.

En nuestros estatutos generales se subraya que el Movimiento de los Focolares lleva el nombre de Obra de María porque «desea ser –en cuanto es posible– una presencia [de María] sobre la tierra y casi una continuación suya»¹⁷.

Escribió Chiara: «María es el modelo de todo miembro del Cuerpo místico. En ella todas las gracias han fructificado sin que se perdiese ninguna. Ella es una especie de síntesis del Cuerpo místico, una pequeña Iglesia que está delante de Jesús como cabeza de la iglesia. Por eso, en ella todos los miembros del Cuerpo místico que han potenciado su vida como tales, pueden reflejarse y tener en ella el modelo más perfecto»¹⁸.

Hoy confiamos juntos a María la comunión de todos los hijos de los carismas, antiguos y nuevos, para una Iglesia que sea cada vez más imagen de la Trinidad, testigo de verdadero amor y unidad.

Que Ella, a través del amor recíproco entre todos nosotros, pueda volver a dar al mundo la presencia de su hijo Jesús, para el bien de cada persona y de la humanidad entera, y que él nos haga a todos uno, para la gloria de Dios.

¹ C. Lubich, *Il Movimento dei Focolari e la Famiglia francescana*, en P. Monaco (ed.), *Consacrati per l'unità. Chiara Lubich e i carismi*, Città Nuova, Roma 2010, p. 174.

² Id., *Intervención en la Plaza S. Pedro durante el encuentro de Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades*, 30.5.1998.

³ Id., *Il Movimento dei Focolari e la Famiglia francescana*, cit., p. 174.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 173.

⁶ Cit. en F. Ciardi, *Comunione fra carismi antichi e nuovi*, conversación a los obispos amigos del Movimiento de los Focolares, Castelgandolfo, 12.2.2003, inédito.

⁷ Juan Pablo II, *Mensaje a los participantes en el encuentro espiritual de obispos amigos del Movimiento de los Focolares*, 14.2.2001.

⁸ C. Lubich, *Un pueblo nacido del Evangelio*, preparado por E.M. Fondi – M. Zanzuchi, Ciudad Nueva, Madrid 2005, p. 27.

⁹ Juan Pablo II, *Discorso al Movimento dei Focolari*, Centro Mariapoli, Rocca di Papa, 19.8.1984, en *L'Osservatore Romano*, 21.8.1984, p. 5.

¹⁰ San Bernardo, *Apología a Guillermo de Saint-Tiery*, IV, 8: PL 182, 182, 903-9^o4; cf. *Vita consecrata*, 52.

¹¹ C. Lubich, *No mi voluntad*, en *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 123.

¹² Id., *Una nueva espiritualidad colectiva*, en *Un camino nuevo*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, p. 15.

¹³ *Ibid.* p. 16.

¹⁴ Id., cit. en J.M. Povilus, “Jesús en medio” en el pensamiento de Chiara Lubich, Ciudad Nueva, Madrid 1988, p. 80.

¹⁵ *De exhort. Cast.*, 7, PL. 971.

¹⁶ Congregación para la doctrina de la fe, *Lettera ai vescovi della Chiesa cattolica su alcuni aspetti della Chiesa intesa come comunione*, Editrice Vaticana, 28.5.1992.

¹⁷ *Estatutos generales de la Obra de María*, art. 2.

¹⁸ C. Lubich, *Y nació el focolar*, en *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 94.

Juan Pablo II, «constructor de la comunión de los carismas»

Pierluigi Cameroni, s.d.b.

La figura y el pontificado de Juan Pablo II, que con la beatificación adquieren una luz particular, encuentran en la estima y en la promoción de los movimientos uno de los rasgos distintivos de su acción pastoral y de su capacidad de reconocer, discernir, acompañar y promover los carismas que permanentemente suscita el Espíritu en la Iglesia, encontrando especial fecundidad en esta época de la historia de la Iglesia de Dios.

LA imagen bíblica que mejor hace visible la vitalidad y la riqueza de la Iglesia es la de Pentecostés, la venida del Espíritu sobre la Iglesia naciente reunida en oración en torno a María.

Juan Pablo II, un hombre guiado y dócil a la acción del Espíritu, expresó siempre un talento especial para reconocer la acción del Paráclito y manifestó una docilidad singular en acoger su soplo renovador y regenerador. En su historia personal, marcada por pruebas y sufrimientos, el Espíritu realizó maravillas de gracia, suscitando la admiración en el pueblo de Dios y en la humanidad entera, en un crescendo impresionante hasta los días de su gloriosa despedida de este mundo en la luz de la misericordia, y así también la acción del Espíritu ha realizado maravillas de gracia

en la vida de los movimientos en todas las partes del mundo.

Como el Espíritu ha enriquecido el ministerio petrino de Juan Pablo II de dones y carismas no comunes de profecía, de pasión apostólica, de comprensión e intervención en los cambios histórico-políticos, así en los distintos movimientos se han expresado dones singulares de gracia para la vida de la Iglesia en nuestro tiempo: la pasión por la unidad, el compromiso de llevar la levadura del Evangelio a los surcos del mundo, la renovación de la gracia del bautismo y el empeño misionero que de él brota, la belleza de la vida en el Espíritu, el amor por los pequeños y los pobres, la renovación de las diferentes expresiones de la cultura y del arte, el diálogo con las distintas religiones y expresiones culturales.

Los movimientos signo del amor de Dios

Desde los primeros años de su pontificado, Juan Pablo II ve la razón profunda de la existencia de los movimientos en la realidad misma de la Iglesia, llamada a ser “movimiento” del Amor de Dios que quiere la salvación de todos los hombres: «*La Iglesia misma es ‘un movimiento’. Y, sobre todo, es un misterio: el misterio del eterno “Amor” del Padre, de su Corazón paterno, en el que comienza la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. La Iglesia, que nació de esta misión, se encuentra ‘in statu missionis’. Ella es un ‘movimiento’ que penetra en los corazones y en las conciencias. Es un ‘movimiento’, que se inscribe en la historia del hombre-persona y de las comunidades humanas*»¹. Un movimiento que lleva a la Iglesia, y en ella a los movimientos, a recorrer los caminos del encuentro con Dios en el conocimiento de su Hijo, mediante la formación de la conciencia del hombre, la práctica del amor a los hermanos, la apertura y respuesta a los retos y urgencias de los tiempos. Motor de todo ello es «*el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*» (Rm 5, 5).

Juan Pablo II, un hombre guiado y dócil a la acción del Espíritu, expresó siempre un talento especial para reconocer la acción del Paráclito y manifestó una docilidad singular en acoger su soplo renovador y regenerador.

En el mensaje dirigido a los participantes al Congreso mundial de los movimientos eclesiales, tenido en Roma del 27 al 29 de mayo de 1998, Juan Pablo II escribe: «*¿Qué se entiende, hoy, por “movimiento”? El término se refiere con frecuencia a realidades diferentes entre sí, a veces, incluso por su configuración canó-*

nica. Si, por una parte, ésta no puede ciertamente agotar ni fijar la riqueza de las formas suscitadas por la creatividad vivificante del Espíritu de Cristo, por otra indica una realidad eclesial concreta en la que participan principalmente laicos, un itinerario de fe y de testimonio cristiano que basa su método pedagógico en un carisma preciso otorgado a la persona del fundador en circunstancias y modos determinados»². En el intento de ofrecer una definición de movimiento eclesial, el entonces cardenal Ratzinger afirmaba que «*los Movimientos nacen por lo general de una persona carismática guía, se configuran en comunidades concretas que, en virtud de su origen reviven el Evangelio en su totalidad y sin tuteos reconocen en la Iglesia la razón de su vida, sin la que no podrían subsistir*»³.

Los carismas hay que acogerlos con gratitud

El Espíritu de Dios embellece y enriquece siempre con nuevos dones y carismas a la Santa Iglesia, verdaderos dones de lo alto para la utilidad de todos. Frente al don de Dios está ante todo la actitud de gratitud y de alabanza que hace que el don sea comprendido y aceptado en su autenticidad y plenitud. Es la expresión del alma de María que proclama la grandeza del Señor por las grandes obras que ha realizado en ella: «*Los carismas han de ser acogidos con gratitud: por parte de quienes los reciben y por parte de todos en la Iglesia. Son, en efecto, una singular riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad del conjunto del Cuerpo de Cristo: siempre que sean dones que vengan verdaderamente del Espíritu y sean ejercidos en plena conformidad con los impulsos auténticos del Espíritu. En este sentido es siempre necesario el discernimiento de los carismas*» (ChL 24).

Las disposiciones con que hay que aceptar y vivir esta oleada de gracias son: docilidad para acoger el don de Dios con espíritu de humildad y de apertura a las mociones y

«¿Qué se entiende, hoy, por “movimiento”? El término se refiere con frecuencia a realidades diferentes entre sí, a veces, incluso por su configuración canónica. Si, por una parte, ésta no puede ciertamente agotar ni fijar la riqueza de las formas suscitadas por la creatividad vivificante del Espíritu de Cristo, por otra indica una realidad eclesial concreta en la que participan principalmente laicos, un itinerario de fe y de testimonio cristiano que basa su método pedagógico en un carisma preciso otorgado a la persona del fundador en circunstancias y modos determinados».

a las inspiraciones que vienen de lo alto; obediencia atenta y fiel al don recibido, en el ejercicio de una libertad auténtica y responsable; gratitud por ser portadores de algo de lo que no somos dueños, sino siervos; firmeza en procurar el bien común de la Iglesia.

Ciertamente todo esto exige tiempos de prueba, conocer las debilidades de los hombres, requiere un atento discernimiento con la voluntad que persigue la verdad y el bien común. *«Su nacimiento y difusión han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas»*⁴. Todos los fundadores y los mismos movimientos han tenido y han conocido periodos de dificultades y de pruebas, de incomprensiones, pero que con fe y paciencia han hecho resplandecer los carismas con una luz nueva plantándolos firmemente en el cauce del camino eclesial como obra salida de las manos de Dios.

Pentecostés de 1998

El momento cumbre de la relación del papa polaco con los movimientos y las comunidades eclesiales es sin duda el histórico Pentecostés de 1998, cuando, precisamente con ocasión de tal fiesta, se reunieron en Roma representantes de los diversos grupos, encabezados por sus respectivos fundadores y guías.

«De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos y quedaron todos llenos de Espíritu Santo» (Hch 2, 2-3). A lo largo del siglo XX, cuando una inmensa potencia del mal ha arrastrado a pueblos y naciones a los lances desastrosos y aberrantes de las guerras, de los genocidios, de las ideologías, de las persecuciones de los cristianos, el Espíritu “de repente”, es decir, con modos y formas nuevas, a través de instrumentos humildes y dóciles, con la potencia de un viento que no destruye sino que hace nacer cosas nuevas, ha encendido en las tinieblas del mundo, en los acontecimientos difíciles de la Iglesia, lámparas luminosas de gracia y de fe que han comunicado vida nueva en el compromiso comunitario de vivir el evangelio y seguir a Jesucristo.

El Movimiento de los Focolares con Chiara Lubich, Comunión y Liberación con don Luigi Giussani, el Camino Neocatecumenal con Kiko Argüello y Carmen Hernández, la Renovación en el Espíritu (carismáticos)..., solo por recordar algunos, son las realidades que, respondiendo a las diversas llamadas del Papa Juan Pablo II, se han convertido, bajo el viento del Espíritu, en nuevas expresiones de misión y testimonio cristiano en el mundo.

El Papa, hombre y ministro de comunión, impulsó también los diversos caminos eclesiales a encontrarse, a conocerse, a esti-

marse, a realizar formas de comunión y de colaboración, con la profunda convicción y certeza de que «*el Espíritu Santo está aquí con nosotros. Él es el alma de este admirable acontecimiento de comunión eclesial*»⁵.

En el acontecimiento del Concilio Vaticano II muchos de estos movimientos encontraron un punto de llegada y de partida para una encarnación concreta de la ecle-siología de comunión, que es el *humus* que renueva la Iglesia y que hoy hace creíble y fecunda toda obra de Dios. El Papa supo reconocer la obra de Dios, supo indicar a cada uno su puesto en el conjunto eclesial para componer juntos una sinfonía de dones y de gracias, evitando las tentaciones de la exclusividad o de la arrogancia, animando como verdadero padre y preocupándose por la vida de la familia de Dios. Un amor a la Iglesia según ese perfil mariano expresado en el lema “*Totus tuus*”, y vivido en su gran capacidad de encuentro, de acogida, de construir la casa común de la Iglesia, valorando cada don y promoviéndolo en la complementariedad y corresponsabilidad con los otros. Fue capaz de hacerse focolarino con los focolarinos, neocatecumenal con los neocatecumenales, carismático con los carismáticos, etc., para llevar a todos a la verdad del amor y al amor de la verdad.

Un don providencial

Lo que ayuda a componer estos caminos de fe y de humanidad es la gracia de poder compartir auténticas experiencias de amistad espiritual y de auténtica fraternidad cristiana entre los mismos fundadores y los movimientos entre ellos. El amor, el interés, la atención de Juan Pablo II hacia los movimientos, y en particular a los fundadores, ha madurado una auténtica experiencia de fraternidad en la Iglesia: hermanos y hermanas unidos en el nombre de Jesús y guía-

dos por su Espíritu. Como telas de un único mosaico, los diversos carismas encuentran en la experiencia de la estima y de la acogida recíproca una luz particular que les hace más bellos y esplendentes.

La base común es la maternidad de la Iglesia que siempre cuida de sus hijos y prevé que crezcan en la tensión a la comunión, a la vida de santidad, a la pasión apostólica y a la apertura a todos los pueblos. Como verdadera experiencia de Dios, los movimientos son expresión de comunión y a la comunión tienden, construyendo redes de afinidad espiritual, de parentesco en el Espíritu, de común amistad en el Señor Jesús, único Fundador y Maestro.

«En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio.»

Son un don no sólo para la Iglesia, sino para toda la humanidad: la demanda de sentido que atenaza al hombre contemporáneo, la emergencia educativa que afecta cada vez más a amplias franjas de niños y de jóvenes, la conflictividad y la injusticia generadas por sistemas político-económicos poco atentos a la persona y preocupados en

el beneficio de unos pocos, hace que estos movimientos sean respuestas a los desafíos de la construcción de una humanidad más fraterna y vivible: *«En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial»*⁶.

El Papa proyecta una nueva etapa para los movimientos eclesiales en el alba y los inicios del nuevo milenio: la de una madurez que en el espíritu del evangelio sepa dar frutos. Una madurez que realice a través de una espiritualidad de comunión lo que toda la Iglesia está llamada a vivir, y en ella los movimientos a hacerla visible y construirla de modo especial: *«Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.*

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

Espiritualidad de la comunión significa ante

todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (NMI 43).

El beato Juan Pablo II expresó estima y cuidado por esta madurez y fecundidad de los carismas. Ahora desde el cielo los bendice e intercede por ellos.

¹ Juan Pablo II, *Homilía a los participantes en el Congreso «Movimientos en la Iglesia»*, Castel Gandolfo, 27 de septiembre de 1981.

² Id., *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los Movimientos eclesiales*. Roma 27-29 de mayo de 1998.

³ J. Ratzinger, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, in *Nuove irruzioni dello Spirito. I movimenti nella Chiesa*, Cinisello Balsamo 2006, p. 45.

⁴ Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, Roma 30 de mayo 1998.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

A la luz del carisma de la unidad de Chiara Lubich

Manuel Morales, o.s.a.

Chiara Lubich ha dejado una herencia a la Iglesia y a la Humanidad. Ahora nos toca administrarla. Quienes la conocimos sentiremos siempre el eco de su pasión por la Iglesia, por la fraternidad universal, por la renovación de nuestras Familias religiosas. Su visión luminosa de los carismas en estos veinte siglos es para nosotros llamada permanente a la Comunión de los Santos, vivida, realizada “en la tierra como en el cielo”. Y si en la Luz de la unidad nos encontramos y nos fortalecemos, también nos recordamos siempre mutuamente dónde radica “el Generador” de esa Luz: Chiara acogió, enamorada, el grito de Jesús en la cruz -vértice de sus dolores- y nos lo reveló, junto a todos nuestros santos, como la raíz profunda de toda espiritualidad. Por eso, cuando “se hace de noche” en la sociedad y en la misma Iglesia, deseamos repetir, junto a nuestros hermanos de comunidad, aquello de san Lorenzo: “Mi noche no tiene oscuridad, sino que todas las cosas resplandecen en la luz”.

ERAN los últimos días de diciembre de 1968. Un reducido grupo de religiosos, de diversas “marcas”, estaba citado en el nº 164 de la calle Alcalá de Madrid. Algunos habíamos participado el agosto anterior en la Mariápolis de Ávila. Y todos ya sabían algo del “asunto”: el Movimiento de los Focolares. Eran tiempos de sorpresas. Soplaban fuertes los aires del posconcilio. Y nosotros todos estábamos en plena brecha; en general, superábamos poco los treinta y pico años. ¿Las “marcas”? Un jesuita, un misionero javeriano, un sa-

cramentino, un misionero de los Sagrados Corazones de Mallorca, un hermano marista, un misionero de la Consolata y el agustino que suscribe. (Tres de estos valientes ya volaron al paraíso. Algún día tendremos que hablar de ellos en estas páginas. De ellos y de otros muchos).

De Roma había llegado un dominico con experiencia de años en el Movimiento. El apartamento de la calle Alcalá era, efectivamente, el focolar; un apartamento sencillo, acogedor. Allí mismo, los ocho, íbamos a convivir todo un fin de semana. Con la na-

turalidad de una familia, que respiró enseñada, curiosamente, una paz y una fraternidad entrañables. Ahí empezó la historia. Mejor, la historia de estos religiosos ya había comenzado unos años antes. A eso venía el reverendo de Roma, a contárnosla. Y a engancharnos a nosotros en ella. Recuerdo la satisfacción y el gozo con que fuimos recibiendo la “noticia”. Se nos describía con hechos concretos el reflejo del carisma de Chiara en los primeros religiosos de Italia y fuera de Italia. Todo muy sencillo, sobrenatural; vida, solamente vida.

Ermanno –que así se llamaba nuestro padre dominico– nos transmitió magistralmente, con la máxima sencillez, el desarrollo y las experiencias concretas del carisma de Chiara: la unidad. Yo, que le traducía del italiano, disfrutaba dos veces trasvasando tanta sabiduría. Y me enteraba, yo creo que por primera vez en mi vida, de lo que era un carisma. Me enteraba del valor enorme de cada uno de los que estábamos allí. No éramos sólo personas particulares; éramos también expresión de un carisma. Escuchando esta nueva historia, se iluminaba nuestra verdadera historia. Era como un sol de primavera que fortalecía lo que llevábamos cada uno dentro. Lo primero de todo, Dios, el que nos había elegido, el que había puesto fuego en el corazón de nuestros fundadores... para *«que todos sean uno»*. Aquella luz saciaba.

Había aparecido en la Iglesia una vocación nueva: el focolar

Chiara y sus compañeras, y, luego, sus compañeros, y más tarde, comunidades enteras de gente de todas clases, mayores y pequeños, –“un pueblo”, como lo llamó el Papa polaco que tanto amó y conoció este y todos los nuevos Movimientos de la Iglesia–, se entusiasmaban con una vida nueva: Dios Amor, único Ideal de la vida; su Voluntad, única fuente de realización humana; la

Palabra de Vida, que da sentido y contenido a todo; el mandamiento nuevo, la unidad, la presencia de Jesús “donde dos o más”...

¡La unidad! ¿A quién podría sonarle extraña esta luz? ¿Quién podría sentirse ajeno a esta vida? ¿A qué espíritu podría importunar este Espíritu? ¿Pues no somos la Iglesia “un árbol siempre en primavera”? ¿No nos “debemos” todos a todos? ¿No pertenece al árbol la flor de la copa, como “se debe” la copa a todo el árbol? La renovación de la Iglesia, la fuerza de su irradiación, era la unidad. Nos lo decía un joven jesuita llegado del Japón, allí donde son tan pocos los cristianos: *«No es inteligente pescar con caña cuando la unidad –Jesús entre nosotros– nos ofrece la red»*.

El padre Ermanno pasó también aquella vez por Barcelona y Mallorca. Otros dos grupos de religiosos arrancaban allí. Pronto sentimos la necesidad de encontrarnos todos. Cada tres meses, la Providencia nos proporcionaba la oportunidad de algún fin de semana. Aprendíamos, como se decía en el Movimiento, a “tener a Jesús en medio nuestro”. Bebíamos en aquella nueva realidad, la contemplábamos, poníamos en común las experiencias, convivíamos... Y se ensanchaban más y más los horizontes: la Iglesia, nuestras Congregaciones, la actualidad de nuestros fundadores...

Llegaron en seguida los contactos directos con la fuente del carisma, con Chiara, con los primeros de esta “Obra de María” (así la ha llamado la Iglesia) que nos había visto integrados en su seno desde el principio. Considerados siempre parte integrante de ella, la Iglesia lo reconoció y lo aprobó definitivamente con su nombre: la “rama de los religiosos” del Movimiento de los Focolares.

Un amor recíproco recio y constante

Damos un salto en el tiempo y nos encontramos hoy el grupo en el Centro Mariápolis de Las Matas (Madrid). Cada año se

repite el encuentro. Son ahora tiempos “recios”, como decía santa Teresa. Pero también es recio y constante el amor recíproco entre estos religiosos, el aliento de una santidad comunitaria, la prioridad de Dios, el gozo de la presencia del Resucitado... Están el profesor, el maestro de novicios, el superior provincial, el párroco, el superior enfermero de sus hermanos mayores, el rector del santuario, el hombre de colegio, el director de la residencia de ancianos, el asistente delegado de las religiosas de su Orden, que hace presentes a sus/nuestras hermanas... Están los que escriben o llaman desde fuera porque no se resignan a quedar “ausentes”. Está el que sufre y ofrece su enfermedad y nos hace partícipes del dolor y la luz. Está el

misionero de paso que nos llena de sorpresa y de gozo...

Dios nos quiere corresponsables de una Obra suya actual, mariana, callada, de grandes proporciones internacionales. Acudimos a la cita porque necesitamos la puesta al día de sus desarrollos en todos los campos: social, político, económico, cultural...; lo que vive esta Obra en el mundo de la familia, del ecumenismo, del diálogo interreligioso, de los jóvenes (¡beatificada ya la primera, de sólo 18 años, Chiara Badano!). Somos, con todos ellos, una familia porque Dios lo ha querido y la Iglesia nos lo exige. Buscamos juntos el camino que nos va trazando la Providencia para irradiar esta unidad —¡que pertenece a todos!—.

Los antiguos Institutos, muchos de los cuales han pasado en el transcurso de los siglos por el crisol de pruebas durísimas que han afrontado con fortaleza, pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en nuestro tiempo (cf. *VC*, 56).

(...) Del encuentro y de la comunión con los carismas de los movimientos eclesiales puede nacer un recíproco enriquecimiento. Los movimientos pueden ofrecer a menudo un ejemplo de frescura evangélica y carismática, así como un impulso generoso y creativo a la evangelización. Por su parte los movimientos, así como las formas nuevas de vida evangélica, pueden aprender mucho del testimonio gozoso, fiel y carismático de la vida consagrada, que guarda un riquísimo patrimonio espiritual, múltiples tesoros de sabiduría y de experiencia y una gran variedad de formas de apostolado y de compromiso misionero.

(...) Lo que aquí quisiéramos más bien subrayar es la relación de conocimiento y de colaboración, de estímulo y del compartir que podría establecerse no sólo entre cada una de las personas sino entre los Institutos, movimientos eclesiales y nuevas formas de vida consagrada, en vista de un crecimiento en la vida del Espíritu y del cumplimiento de la única misión de la Iglesia. Se trata de carismas nacidos del impulso del mismo Espíritu, ordenados a la plenitud de la vida evangélica en el mundo, llamados a realizar juntos el mismo proyecto de Dios para la salvación de la humanidad. La espiritualidad de comunión se realiza precisamente también en este amplio diálogo de la fraternidad evangélica entre todos los miembros del Pueblo de Dios (cf. *NMI*, 45).

CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*, 30.

Movimientos en comunión, de Pentecostés 1998 a Stuttgart 2004

Mario Landi

El autor es el coordinador nacional de la Renovación Carismática Católica italiana. Aquí se refiere a la obra extraordinaria del Espíritu Santo al realizar experiencias auténticas de diálogo, de comunión y colaboración en la Iglesia del Tercer Milenio. Las etapas fundamentales de un camino desde 1998 a 2004.

A muchos teólogos, pastores y papas, el florecimiento de los movimientos eclesiales a finales del siglo pasado les ha parecido como el cumplimiento de la oración de convocatoria del Concilio Vaticano II del Papa Juan XXIII, en la cual invocaba: «Renueva en nuestra época los prodigios de un nuevo Pentecostés». De hecho, como los definió el entonces Card. Joseph Ratzinger, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades pueden definirse como libres «irrupciones del Espíritu Santo» en la Iglesia posconciliar.

Este tema necesitaría un desarrollo mucho más articulado y de mucho más espacio disponible, tratándose de una verdadera y auténtica obra sagrada de la acción del Espíritu Santo. No parezca osadía si establecemos la comparación con “otro” periodo histórico con otra y más importante historia sagrada, como la contada por los Hechos de los Apóstoles. Pero tratándose *latu senso* de una especie de nuevo Pentecostés, considero que se puede hacer alguna pequeña comparación.

Sobre todo, al tratar de contar un camino de más de diez años, forzosamente tendré que detenerme en las experiencias más significativas de dicho camino de comunión, dejando de lado muchas historias, experiencias, anécdotas y circunstancias que merecerían ser recogidas en un tratado, que aquí, por razones de brevedad, no contaremos.

1998, año dedicado al Espíritu Santo: el inicio del camino

Como sugiere el tema, se ha considerado comúnmente que el inicio de dicho camino lo marca la celebración de Pentecostés de 1998. Tal circunstancia es ciertamente verdadera, pero, igual que el Pentecostés primitivo fue preparado por la “*concordia*” de los discípulos y de los apóstoles reunidos en el cenáculo con María, también este Pentecostés ha tenido su preparación.

Me refiero a una experiencia que quizá muchos no conocen: la XXI convocatoria

nacional de los grupos y de las comunidades de la Renovación Carismática, que tuvo lugar en Rímini a finales de abril de 1998. La Renovación, abriéndose totalmente a la invitación de Juan Pablo II a estar presentes el 30 de mayo, en Pentecostés, junto con todos los movimientos eclesiales, decidió dedicar toda una sesión al tema de la comunión entre los movimientos eclesiales. Participaron en dicha sesión Andrea Riccardi de modo directo, Chiara Lubich con una conexión vía satélite, y Giorgio Feliciani en representación de Comunión y Liberación, que leyó un saludo de mons. Luigi Giussani.

Dicha sesión había sido anunciada el 4 de abril por Salvatore Martínez a Juan Pablo II, con ocasión de la audiencia del Santo Padre a los responsables máximos de la Renovación. Salvatore Martínez dijo: *«Nos disponemos a celebrar solemnemente la Persona Divina del Espíritu Santo con ocasión de la próxima convocatoria nacional de los grupos y de las comunidades en Rimini. Será una ocasión extraordinaria de comunión eclesial, una piadosa preparación para el próximo encuentro de Pentecostés, que nos verá unidos alrededor de su persona»*.

Los cerca de veinte mil participantes en la convocatoria nacional pudieron gozar de este momento de comunión y de testimonio de unidad, en el cual, por primera vez quizá en la historia de los movimientos, se honraba la obra del Espíritu Santo en la variedad de los carismas en los distintos movimientos eclesiales.

«Siento que nuestro encuentro se sitúa en el gran camino hacia el Pentecostés que este año se celebra en Roma con el Papa en la unidad entre muchos movimientos», dijo Andrea Riccardi, mientras Chiara Lubich, concluyendo su discurso, afirmó: *«Nosotros deberíamos tener una gran comunión entre nosotros, deberíamos lograr ser don el uno para el otro... Yo espero que esta unidad entre los movimientos se pueda incrementar cada vez más. Sería una fuerza enorme para la Iglesia y para la irradiación del Reino de Dios en el mundo»*.

El congreso mundial

En los días anteriores a Pentecostés de 1998, había tenido lugar en Roma un congreso mundial de movimientos eclesiales sobre el tema: *«Los movimientos eclesiales: comunión y misión a las puertas del tercer milenio»*. Fue muy importante la intervención del entonces card. J. Ratzinger, que había presentado un importante estudio teológico sobre los movimientos en la Iglesia: *«La posición teológica de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades»*. Había reconocido en ellos la acción del Espíritu Santo, que suscita incesantemente la novedad del cristianismo, y había resaltado su vinculación especial con el ministerio universal del papa, ya que los movimientos y las nuevas comunidades están llamados *«a llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra»*.

En representación del laicado mundial, en la sala de prensa del Vaticano, Salvatore Martínez dijo en aquella ocasión: *«Nos disponemos a vivir un tiempo de gracia, de novedad, de responsabilidad; un tiempo de búsqueda y de escucha que incidirá de manera incontrovertible en la historia de la Iglesia, en el camino que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades suscitadas por el Espíritu Divino están llamadas a emprender a las puertas del tercer milenio»*.

El evento de Pentecostés 1998

Fue una tarde extraordinaria, un auténtico *kairós* del Espíritu Santo, aquel 30 de mayo de 1998, con más de trescientos mil fieles en la Plaza de San Pedro, en representación de sesenta movimientos y asociaciones eclesiales, provenientes de todo el mundo: el prodigio de Pentecostés se renovó entre oraciones, fraternidad, cantos y danzas. Sin duda la vigilia de Pentecostés “realizó” una nueva efusión del Espíritu Santo a la que, como cada irrupción del Espíritu, conlleva un mandato. Y el mandato vino del Papa mismo: *«Vosotros sois la prueba tangible de esta efusión del Espíritu»*.

Cada movimiento se distingue de los otros, pero todos están unidos en la misma comunión y en la misma misión... La Iglesia espera de vosotros frutos maduros de comunión y de compromiso... La Iglesia cuenta con vosotros».

Chiara Lubich, en la Plaza de San Pedro, después de la intervención del Santo Padre, interpelló allí mismo a los hermanos responsables de movimientos y comunidades, entre los cuales a Andrea Riccardi y Salvatore Martínez, con los cuales ya se había establecido un *feeling* espiritual y fraterno, y pidió explícitamente dar continuación concreta al evento. Un año después dirá: *«Aquel día, prometí al Santo Padre lo que yo sabía que él y la Iglesia deseaban ardientemente. Y, dado que nuestro Movimiento tiene el carisma de la unidad, me apresuraré, junto con otros que desde hace algún tiempo ya están orientados a ello, a emprender una acción para la comunión más plena entre los movimientos. Y el Papa se alegró mucho de esto».*

Los frutos: Espira 1999

El encuentro de Espira (Alemania), que tuvo lugar el 7 y 8 de junio de 1999, representa, sin duda, la primera realización de esta promesa: 180 fundadores y responsables, en representación de 41 movimientos, compartieron una experiencia de comunión fraterna, de conocimiento recíproco, de alegre descubrimiento de los dones distribuidos a cada uno por el único Espíritu Santo, reflexionando sobre su lugar y vocación eclesial a la luz de las palabras del Santo Padre.

Mons. Rylko leyó en la asamblea el mensaje del Santo Padre, que concluía: *«Es hermoso y da alegría ver cómo los movimientos y las nuevas comunidades sienten la exigencia de converger en la comunión eclesial y se esfuerzan con gestos concretos por comunicarse los dones recibidos, apoyarse en las dificultades y cooperar para afrontar juntos los retos de la nueva evangelización».*

Al final de los trabajos, los inspiradores principales de tal iniciativa, Chiara Lubich, Andrea Riccardi y Salvatore Martínez, sin-

tieron el deber de dar las gracias al Santo Padre con un comunicado común en el cual afirmaban: *«Nos hemos comprometido en este año a alimentar en nosotros y entre nosotros el sentido de comunión, para que crezca el compromiso de cada uno y de todos en el servicio a la misión de la Iglesia con nuevos frutos de evangelización y de caridad, en unidad plena con el sucesor de Pedro y con los obispos en las iglesias particulares».*

El compromiso continúa: Sassone 2000

El consejo nacional de la Renovación Carismática italiana se reunió con Andrea Riccardi y Chiara Lubich en un encuentro de fraternidad y de conocimiento recíproco. El encuentro fue el último de un itinerario que había llevado a los tres líderes de sus movimientos a conocer y a dialogar sobre sus respectivas realidades (el primer encuentro se había tenido en la sede de la comunidad de San Egidio y el segundo en la sede del Movimiento de los Focolares).

Andrea Riccardi insistirá durante el encuentro: *«Este método de unidad, de amistad, de vivir juntos las alegrías los unos de los otros es un método contagioso, es el método de un nuevo testimonio de la Iglesia en el mundo y es también un método ecuménico».*

Stuttgart 2004: “Juntos por Europa”

8 de mayo, una etapa histórica, en vísperas del ingreso en la Unión Europea de otros diez estados, que implicó a los mayores movimientos y comunidades cristianas de Europa, en un clima de auténtico camino ecuménico y eclesial. El encuentro vio la participación de diez mil personas, más de cien movimientos y comunidades cristianas, teniendo como fondo una Europa que por entonces buscará, sin lograrlo, dotarse de una constitución; en el corazón de todos, organizadores y participantes, el deseo de seguir aportando en la sociedad contemporánea la savia vital del Evangelio, único y auténtico vínculo

de unidad, de comprensión, diálogo, desarrollo, paz y libertad del que el continente europeo puede hacerse cargo.

El encuentro estuvo precedido, el 6 y 7 de mayo, por un congreso de dos mil responsables de movimientos y comunidades que elaboran un mensaje conclusivo, en el cual se señala con fuerza: *«Inspirados por la fuerza transformante del Evangelio, nos sentimos llamados a trabajar por un continente unido y múltiple. Nosotros, pertenecientes a más de 150 movimientos y grupos de distintas iglesias y comunidades cristianas reunidas en Stuttgart desde todos los rincones del continente, queremos testimoniar la novedad de una creciente comunión entre nosotros, impulsada por el Espíritu... Este mensaje no quiere ser una simple afirmación de intenciones, sino el testimonio de lo que, si bien de modo incipiente, entre nosotros es ya realidad».*

Lucca 2005

Un primer fruto de Stuttgart fue el congreso internacional “Los signos del Espíritu en el siglo xx. Una lectura histórica contada por sus testigos”, que tuvo lugar en Lucca (Italia) del 30 de septiembre al 2 de octubre de 2005. En este evento, los promotores de la invitación afirmaron: *«Observando con mayor atención la historia del siglo xx, ‘uno de los más secularizados’, no podemos dejar de percibir que en él se han diseminado muchas luces de esperanza que, en los momentos más trágicos, han iluminado el camino de pueblos y culturas. ¿Es posible, entonces, releer la historia del siglo xx en clave espiritual y descubrir los signos de la presencia luminosa del Espíritu, a través del testimonio de algunos protagonistas que han atravesado este siglo?».*

Hay que subrayar que por primera vez se organiza un evento en el que tres grandes movimientos se unen a una congregación religiosa como la de las Hermanas Oblatas del Espíritu Santo. De hecho, en el fondo destacaba la figura de la beata Elena Guerra, que, a comienzos del siglo xx, pidió y obtuvo del papa León XIII que dicho siglo fuera consa-

grado al Espíritu Santo. Como dijo Salvatore Martinez en el saludo introductorio: *«¡Qué alma tan extraordinaria fue esta beata! Una verdadera amiga del Espíritu Santo, precursora de ese lenguaje espiritual que ha descubierto luego fuertemente el siglo xx, gracias también a los dinamismos carismáticos propios de los movimientos y de las nuevas comunidades».*


En el evento participaron jefes de estado, economistas, científicos, responsables de Iglesias y comunidades, exponentes de la cultura y de la sociedad, con más de mil quinientos delegados provenientes de toda Europa. En el comunicado final se lee: *«Pentecostés es un evento único y doble a la vez: es cenáculo y es plaza. Hemos salido del cenáculo y nos hemos reunido en esta plaza, como la multitud congregada en Jerusalén el día de Pentecostés. Pidamos al Espíritu el mismo milagro de amor de aquel día. Que el Espíritu nos conceda ‘lenguas nuevas’, lenguas de verdad y de amor, para que ‘se vea y se sienta’, en esta plaza, como en la plaza de Jerusalén, que la promesa de Jesús aún está viva, que el Espíritu se ha derramado sobre nosotros».*

Y Pentecostés ha continuado. Si miramos un poco al camino sucesivo hallamos: en 2006, el encuentro de los movimientos y de las nuevas comunidades con Benedicto XVI en Pentecostés (30 de mayo); en 2007, el segundo encuentro “Juntos por Europa” en Stuttgart, el Family Day en Roma, la constitución de tres “redes eclesiales”: “Forum de las Familias”, “Ciencia y Vida” y “Red en Obra”; en 2008, en Rímmini, el décimo aniversario del histórico encuentro de Pentecostés 1998; en 2009, la Plenaria del Pontificio Consejo de Laicos con el Papa Benedicto XVI y la modificación de los Estatutos de la Consulta Nacional de Asociaciones Laicales; el 16 de mayo de 2010, la participación en la oración del *Regina Coeli*, promovida por la misma Consulta Nacional para testimoniar, en un momento especialmente delicado, el afecto y la cercanía del pueblo cristiano al Papa.

Con los otros carismas al servicio de la Iglesia

Valeria Martano

La autora, responsable de las relaciones con los demás movimientos en la Comunidad de San Egidio, testimonia la colaboración entre carismas antiguos y nuevos que ha permitido a la Comunidad llevar a término muchas iniciativas de paz en el mundo. La tensión a la unidad, un carisma necesario para todos los carismas si quieren ser significativos en el mundo de hoy.

 *A Iglesia espera de vosotros frutos 'maduros' de comunión y de compromiso». Así se dirigió a los movimientos y a las nuevas comunidades Juan Pablo II en Pentecostés de 1998, y concluía: «El Señor cuenta con cada uno de vosotros; la Iglesia cuenta con vosotros». Cada uno era interpelado. Cada movimiento formaba parte de ese “vosotros”.*

La edad de la madurez

Con una feliz expresión, Andrea Riccardi subrayó cómo esta invitación marcaba para los movimientos laicales de reciente formación el paso de la adolescencia (en la cual, decía él, se va formando una identidad, con el riesgo, a veces, de un cierto “mesianismo de grupo”) a la edad de la madurez, en la que «no se renuncia a la propia personalidad eclesial, pero se comprende mejor el

don de los otros carismas y de la identidad de los otros»¹.

En otras palabras, se afianzaba cada vez más la intuición del Concilio, tan querida para Juan Pablo II, de una «Iglesia-comunión o, como decía a menudo el papa, de Iglesia-familia, caracterizada por la misma dignidad de todos los bautizados»². Esta es la perspectiva para descubrir las auténticas relaciones entre nuevos movimientos de inspiración laical, nacidos generalmente después del Concilio Vaticano II, tanto entre ellos como con las grandes tradiciones religiosas expresadas en el curso de los siglos por la vida consagrada.

Esta relación apareció clara en las palabras del entonces cardenal Ratzinger, el cual, en aquella misma ocasión, diseñó la “colocación teológica” de los movimientos y nuevas comunidades, poniéndolas en la línea de una sucesión “carismática” en la que él inscribía el movimiento monástico, el de

Francisco de Asís y otros, afirmando que «en la historia, los movimientos apostólicos aparecen en formas siempre nuevas y necesarias, ya que son precisamente la respuesta del Espíritu Santo a las situaciones cambiantes en las que se va hallando la Iglesia»³.

En el siglo XX, en un mundo «prófugo de Dios»⁴, el nuevo florecimiento de movimientos y comunidades se injertaba en la línea de los movimientos apostólicos carismáticos, con el subrayado particular de una nueva responsabilidad de los laicos en la Iglesia y en el mundo, como había deseado el Concilio Vaticano II.

Desde Pentecostés de 1998, ha crecido la comunión y la fraternidad entre experiencias que se manifiestan complementarias en su diversidad. Por iniciativa de Andrea Riccardi, de Chiara Lubich y de otros fundadores y responsables de movimientos y comunidades, se inició un camino de comunión. Se multiplicaron los encuentros y las iniciativas tomadas en común, testimoniando ese don del Espíritu que es la concordia entre los hermanos: «Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13, 35).

Este camino ha incidido profundamente no sólo en la vida, sino también en la espiritualidad de las distintas realidades, contribuyendo a la formación de cristianos maduros, abiertos al otro, capaces de diálogo y colaboración. Quisiera detenerme brevemente en algunos de sus frutos.

Buscamos compañeros de camino

Para la Comunidad de San Egidio, este camino se ha injertado en una historia de fraternidad eclesial que brota de las raíces mismas de su vocación. Nacida después del Concilio Vaticano II, en una periodo de “primavera” de la Iglesia, en la que se redescubría la centralidad de la Palabra de Dios y

se subrayaba la dimensión asamblearia y comunitaria, San Egidio ha escrito en lo profundo de su vocación la conciencia de ser parte del cuerpo de la Iglesia, heredera de una tradición de oración, deudora de tantas experiencias de vida surgidas del Evangelio.

«Francisco es un compañero de camino importante, sobre todo porque quería ser laico, viviendo entre todos, en la humildad, como ‘pequeño entre los pequeños’. San Francisco es el Evangelio ‘sine glossa’, la amistad con los pobres, el diálogo con el Islám...». Así hablaba Andrea Riccardi de los orígenes espirituales de la Comunidad de San Egidio en una conversación con el historiador francés Dominique Durand⁵.

Y el presidente de la Comunidad, Marco Impagliazzo, respondiendo a un periodista que le preguntaba cómo hace San Egidio para trabajar por la paz, decía con una frase sintética pero eficaz: «Buscamos compañeros de camino».

Lo hemos hecho desde los orígenes. La amistad con las familias religiosas empieza con los años setenta. De hecho, cuando esta joven experiencia daba los primeros pasos, algunos superiores de órdenes religiosas ofrecieron, juntamente con su amistad, una comprensión espiritual y profunda. Entre los primeros, el card. Carlo María Martini, entonces profesor del Instituto Bíblico, interesado en una experiencia que no sólo leía la Escritura, sino que intentaba ponerla en práctica con la atención a los últimos, por lo que se unió al servicio a los pobres de la Comunidad, hasta su nombramiento para la diócesis de Milán.

Orar juntos

La relación entre San Egidio y los religiosos se desarrolló después en la oración y en una fuerte colaboración recíproca. La ayuda pastoral y de servicio proveniente de mu-

chos consagrados ha reforzado a menudo en ellos el sentido de su vocación originaria, así como el conocimiento de experiencias pluriseculares de vida religiosa ha contribuido a definir una nueva y original identidad de laicado cristiano.

Una de las experiencias que más caracterizan la Comunidad de San Egidio es la de una oración en la ciudad abierta a todos. Todas las noches, en la basílica de Santa María in Trastévere y en otros 40 lugares de Roma, pero también en muchas partes del mundo, desde Cuba a Costa de Marfil, rezar juntos ensancha nuestro corazón y, al mismo tiempo, ayuda a muchos a vivir y a orar.

La oración es la imagen verdadera de la Comunidad. Creemos en la fuerza de la oración, que protege a los cristianos y al mundo. Y creemos que la Iglesia de hoy tiene que ofrecer espacios de invocación en el corazón de nuestras ciudades con una liturgia hermosa y elocuente. La liturgia y la oración son una fuente muy amplia de amor, que permiten una identidad cristiana fundamentada, pero también audacia en el vivir.

...en el trabajo con los más pobres, San Egidio ha buscado siempre la unión con otros y con las familias religiosas: en nuestros comedores para los pobres, en las cenas itinerantes para los sin techo, en la comida de Navidad, se suman desde hace años muchos religiosos..

La oración de la Comunidad de San Egidio es por todas partes lugar de acogida y de comunión. Participan muchos miembros de familias eclesiales y de movimientos. A la oración se ha unido la dimensión de la amistad, que con el tiempo se ha ido convirtiendo para muchos en una auténtica fraternidad espiritual.

Amor por los pobres

De la oración ha brotado una fuente de amor por los pobres y los débiles, que representa una columna en la vida de la Comunidad de San Egidio. Los pobres son nuestros amigos porque la amistad es un rasgo fundamental del servicio a los más pobres. Pero podemos decir que han sido también nuestros hermanos y nuestros maestros.

Sí, maestros de unidad. De hecho, son los pobres los que nos piden estar unidos. La Iglesia-familia, la Iglesia-comunión es una gran exigencia que viene del mundo de los pobres. Frente a la realidad del dolor y al gran mundo de los pobres, cualquier referencia y miramiento hacia uno mismo es la expresión de una total miseria.

Esto nos pareció claro ya desde los orígenes de nuestra historia. Por eso, en el trabajo con los más pobres, San Egidio ha buscado siempre la unión con otros y con las familias religiosas: en nuestros comedores para los pobres, en las cenas itinerantes para los sin techo, en la comida de Navidad, se suman desde hace años muchos religiosos.

Pero el servicio también es afirmación de la justicia y, por tanto, defensa de los pobres. Pienso especialmente, en los últimos años, en los inmigrantes y los gitanos.

Los muchos religiosos y religiosas que comparten nuestros esfuerzos muestran cómo la sinergia de carismas antiguos y nuevos representan un recurso de humanidad.

Habría muchos ejemplos, pero pondré solamente dos.

El programa DREAM (*Drug Resource Enhancement against Aids and Malnutrition*)⁶ es la respuesta que desde 2002 la Comunidad de San Egidio está tratando de dar a la terrible plaga del SIDA en África, una tragedia que ya ha causado la muerte de 40 millones entre adultos y niños, práctica-

mente la eliminación de más de dos generaciones. Un drama ante el cual el mundo ha preferido cerrar los ojos y esbozar soluciones evasivas, a pesar de que, desde el comienzo del nuevo siglo, esta pandemia se puede contener gracias a los éxitos de la medicina.

El reto, o quizá sería mejor decir la misión que se nos confía, a laicos y consagrados, movimientos, nuevas comunidades, antiguas y nuevas formas de vida religiosa, es la de ser prójimos en un mundo de solos, asustados y agresivos.

La idea de que también en la cura de las enfermedades pudiera haber dos destinos separados entre el Norte y el Sur del mundo pareció intolerable y fue el impulso decisivo que produjo la puesta a punto de un proyecto de curación ambicioso y extenso. El primer país donde se experimentó fue Mozambique, pero muy pronto le siguieron otros, mientras los extraordinarios resultados científicos recibían una atención cada vez mayor en los grandes organismos internacionales.

Para realizar enteramente sus proyectos en todo el continente, San Egidio nunca habría sido suficiente, con sus solos recursos. La mayor red de ayuda desinteresada y de solidaridad gratuita que podría ser utilizada para tal fin era justamente la constituida por los miles de experiencias en ese campo, concebidas y gestionadas por las numerosas congregaciones religiosas presentes en África.

Hoy, más de diez institutos de vida consagrada constituyen, junto con la Comunidad de San Egidio, el núcleo operativo de un gran programa de cuidados, que ha de-

vuelto la esperanza a países enteros y a centenares de miles de enfermos y que nos ha permitido celebrar este año el nacimiento de diez mil niños sanos de madres enfermas: una gran victoria de la vida.

La batalla contra la pena de muerte. Cuando, en vísperas del Jubileo del 2000, la Comunidad de San Egidio lanzó una campaña para promover una moratoria mundial de las ejecuciones, parecía un sueño, y lo era. A este sueño se unieron el Movimiento de los Focolares, la Renovación Carismática, otros movimientos y algunas congregaciones.

Una poderosa recogida de firmas permitió reunir, en pocos años, más de cinco millones. En diciembre de 2007, aquellas firmas pesaron en la decisión de la Asamblea General de la ONU para aprobar una moratoria mundial de las ejecuciones: otra gran victoria de la cultura de la vida. La unidad de los carismas cristianos puede cambiar el mundo.

Unidos en un mundo que se divide

Para concluir, quisiera hacer una consideración: vivimos en una época y en un mundo fragmentado y disperso. La globalización, si nos tiene a todos más informados (en tiempo real) de lo que sucede en cualquier rincón de la tierra, ha difundido sin embargo una especie de sorda indiferencia, y ha dado lugar a fenómenos identitarios incluso agresivos y violentos, hasta los conflictos vinculados a las identidades étnicas y religiosas.

No por casualidad se ha hablado, refiriéndose al fenómeno de las comunidades virtuales, vinculadas al desarrollo de las nuevas tecnologías, de «muerte del prójimo»⁷. Es un fenómeno planetario, que embiste en particular a las jóvenes generaciones. Con una imagen eficaz, el rabino de Jerusalén

David Rosen, en el encuentro de oración por la paz entre las religiones –en el espíritu de Asís– de la Comunidad de San Egidio de Barcelona, decía: «*Tienes quinientos amigos en Facebook, pero luego no te entiendes con el vecino de al lado*».

Un problema que nos interroga profundamente. Vemos cómo esta humanidad de soledades cede con facilidad a explosiones de violencia, como la que en Roma llegó al asesinato, por un motivo banalísimo, de una mujer rumana.

En el corazón de todos los carismas que han engendrado los movimientos y las comunidades, existe un anhelo universal –católico–, escrito en el corazón de todas nuestras realidades

El reto, o quizá sería mejor decir la misión que se nos confía, a laicos y consagrados, movimientos, nuevas comunidades, antiguas y nuevas formas de vida religiosa, es la de ser prójimos en un mundo de solos, asustados y agresivos.

En el corazón de todos los carismas que han engendrado los movimientos y las comunidades, existe un anhelo universal –católico–, escrito en el corazón de todas nuestras realidades. La difusión planetaria de las familias religiosas, como de los movimientos laicales, crea comunidades (no virtuales, sino reales) que superan la dimensión local y nacional. Si soy de San Egidio, no soy ante todo o solamente africano, italiano o chino. Pertenezco a una familia más amplia, que forja mi identidad, haciéndola más abierta, más “católica” en sentido pleno. Esto es así en cada uno de nuestros movimientos y de nuestras familias religiosas.

Antiguos y nuevos carismas tienen en común este sentido de la catolicidad, de la universalidad de la Iglesia. Como ya decía la Carta a Diogneto, para los cristianos «*toda tierra extranjera es su patria y toda patria es tierra extranjera*».

En un tiempo de particularismos y de afirmaciones de la propia identidad, que a menudo provocan conflictos, «*la experiencia de los movimientos, como otras en la historia de la Iglesia, muestra de manera evidente que la fe y la vida eclesial hacen del cristiano un ciudadano del mundo, grande y contradictorio, y un hermano de muchos hermanos*»⁸.

Esto es también el signo de una misión, que hemos de vivir hoy juntos: dar testimonio de lo que un gran papa del siglo XX, Pablo VI, llamaba “la unidad de la familia humana”. En la oración, en la solicitud por los pobres, en la apertura al distinto, al migrante, en la promoción del diálogo y en la construcción de la paz.

Una alianza para responder a los desafíos del mundo de hoy. Este creo que es el sentido de nuestro encuentro de hoy. Esta es la aportación que la Comunidad de San Egidio quiere ofrecer, con los demás carismas, al servicio de la Iglesia.

¹ Cf. Pontificio Consiglio per i Laici, *I movimenti nella Chiesa*, Città del Vaticano 1999, p. 185.

² S. Dziwisz, *Una vida con Karol*, Ed. Esfera de los libros, Madrid 2007.

³ *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica in I movimenti nella Chiesa*, cit., p. 46.

⁴ La frase es del historiador francés Émile Poulat.

⁵ A. Riccardi, colloquio con J.D. Durand, *Sant'Egidio, Roma, il mondo*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo 1997, p. 10.

⁶ Para una completa ilustración del programa DREAM y de sus resultados, cf. www.santegidio.org

⁷ L. Zoja, *La morte del prossimo*, Einaudi, Torino 2009.

⁸ Cf. *I movimenti nella Chiesa*, cit., p. 184.

El desafío de la comunión en la familia franciscana

José Rodríguez Carballo, o.f.m.

Intervención del Ministro general de la Orden de los Frailes Menores, en la que habla del Capítulo Internacional de las esteras, un evento de comunión vivido por las tres Familias franciscanas de la Primera Orden junto con la Familia de la Tercera Orden regular en 2009, que, en Asís y en Roma, contó con la participación de más de 2000 frailes, en representación de todos los frailes franciscanos esparcidos por el mundo.

CORRÍA el año 1209. Francisco de Asís llegaba, con un grupo de frailes, a los pies del Señor Papa Inocencio III, para que le aprobara su *forma vitae*, la vida del Evangelio que ya vivían con sencillez y alegría y que deseaban ver confirmada con la autoridad de la Iglesia. Ocho-cientos años más tarde, en abril de 2009, los frailes han vuelto a reunirse para celebrar un nuevo “Pentecostés franciscano”: el segundo Capítulo Internacional de las esteras.

El primero tuvo lugar en 1218. Así lo narra san Buenaventura en la *Legenda Maior*: “Cuando, con el correr del tiempo, los frailes habían llegado a ser muy numerosos, el cuidadoso pastor empezó a reunirlos en el lugar de Santa María de la Porciúncula para el capítulo general, en el cual podía asignar a cada uno de ellos una porción de obediencia en el reino de los pobres, según la medida querida por Dios. En la Porciúncula había

escasez de todo; pero, aunque alguna vez se reuniese una multitud de más de cinco mil frailes, no faltó nunca la ayuda de la Bondad divina, que procuraba lo suficiente para todos y a todos concedía la salud del cuerpo y la superabundante alegría de espíritu”.

Durante el Capítulo, los frailes de toda lengua, raza y región (cf. *Gal* 3, 28), jóvenes y ancianos, ministros y siervos, sin barreras de obediencias ni de tradiciones, uniformados por el mismo ideal evangélico, por el único carisma y por los mismos ideales, celebraron la gracia de los orígenes.

“Desde hace ochocientos años”

Lo que vivimos en 2009 en Asís fue un momento eclesial histórico y una ocasión de gracia para toda la familia franciscana. Nos reunía el aniversario de la aprobación de la Regla (1209) y el momento de fundación de

la Orden de los Frailes Menores. Igual que el año de la aprobación significó para toda la comunidad cristiana una concretización del don del Espíritu Santo en un modo explícito de seguir a Cristo, la ocasión del 2009 ha representado, no sólo para nosotros, que fuimos seducidos por la forma de vida de vivir el Evangelio al estilo de Francisco, sino también para todos los creyentes, una gracia particular que continúa anunciando a todos la profecía de la comunión.

El Capítulo de las esteras de 2009 nos brindó la posibilidad de ver una vitalidad nueva del carisma que contiene el texto de la Regla, el carisma de Francisco de Asís; pero sin detenernos en él, sino para llegar hasta el autor del carisma: el Espíritu, que llama al seguimiento de Jesús de una forma determinada. El encuentro quería suscitar en los participantes un movimiento dinámico: de los frailes allí reunidos para la Regla, desde la Regla al carisma de Francisco, y, a través del carisma, hecho carne en los ochocientos años de vida de los frailes menores, al seguimiento fiel de Jesús de Nazaret. De hecho, el programa del evento deseaba hacer este mismo recorrido, después de habernos acogido en este lugar santo dedicado a Santa María de los Ángeles: el testimonio, el ayuno y la penitencia y gratitud.

Todo el encuentro nos ha hablado de la fuerza de este tronco viejo y nuevo, que cuenta ocho siglos de historia y de camino evangélico: las relaciones de los relatores, las celebraciones de la fe, los gestos sencillos pero ricos de los participantes, el rostro de tantos hermanos. Todo expresaba la alegría de la vocación y las esperanzas de nuestras fraternidades.

¿Qué resultados concretos podemos descubrir después de la celebración de estos ochocientos años de vida evangélica según la forma vitae que hemos profesado en la Regla? Quizá no se tienen signos concretos, ni resultados nuevos, sino un espíritu nuevo.

No hemos de buscar nada nuevo porque tenemos todo lo necesario, tenemos el Evangelio, la Regla, las mediaciones de las obediencias y nuestras tradiciones; pero podemos encontrar un modo nuevo de vivir: en comunión y respeto, en complementariedad y diversidad, en interdependencia y colaboración estrecha.

El hecho mismo de vivir cerca, hermanos reunidos, conocerse, celebrar juntos la fe en los altares del franciscanismo, el intercambio de experiencias, hacer fiesta por el don de la vocación... todo habla de un futuro nuevo y de comunión. Una comunión que para nosotros se va convirtiendo en un reto.

El reto de la comunión

Estamos vinculados por el mismo texto de la Regla y por el mismo don carismático que iluminó la vida de Francisco; hemos celebrado con alegría estos ochocientos años de historia de vida evangélica; estamos llamados a vivir, en lo concreto y con modalidades creativamente fieles, una comunión aún más profunda y evangélica.

Efectivamente, el secreto del futuro de la vida religiosa y franciscana se halla en la comunión. Por este motivo, deseo describir aquí algunas características de esta espiritualidad de la comunión.

Sin duda, la Iglesia y el mundo nos dirigen a los franciscanos una llamada a hacer concreta la comunión mediante una espiritualidad bien comprensible y una visible praxis de vida. Esta espiritualidad de comunión es ante todo y según las palabras del Santo Padre Juan Pablo II, *«una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz debe ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado... es capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como... un don para mí»* (NMI 43).

Y continuaba el papa reclamando la

atención de toda la Iglesia: «No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (ibid.).

Esta misma llamada se dirige a nosotros. No podemos caer en la tentación, ante un cambio de los tiempos y de radicales transformaciones a las cuales está sometida la vida religiosa en general y el franciscanismo en particular, a seguir indicando como prioritario o esencial lo que ha sido el fruto de las circunstancias y de las vicisitudes de la historia. Ya no hay necesidad de reforzar nuestras seguridades extrínsecas para ser un signo profético de comunión en la Iglesia. Se requiere el esfuerzo hecho experiencia de todo lo que para nosotros es central y esencial en el camino de nuestra forma vitae, tenemos que vencer toda tentación de división y oposición que acecha la vida y el compromiso de cada una de nuestras obediencias y tradiciones.

En el respeto a la diversidad podemos hallar la clave para poder comprender que la diferencia no es un peligro para la comunión sino una riqueza. La familia franciscana se ve invitada a hacer una opción fundamental por la espiritualidad de las relaciones para ser «*signo e instrumento de comunión*» (LG 1). Esto significa que, si no nos presentamos en la Iglesia y ante el mundo como hermanos, si no hacemos visible hoy el espíritu de Jesús que está en la Regla y que nos hace uno y diferentes, y por tanto abiertos, agradecidos y respetuosos... todo lo que hagamos, por auténtico, generoso y acertado que nos parezca, sólo podrá ser una práctica “insignificante” y, por tanto, no hará visible la unión deseada por Cristo como signo de credibilidad y fecundidad ¹.

La Iglesia nos lo ha recordado de un modo muy claro y explícito cuando pide «*a las personas consagradas que sean verdadera-*

mente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como ‘testigos y artífices del proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios’» (VC 46). El significado de la comunión eclesial, al desarrollarse como espiritualidad de comunión, promueve un modo de pensar, de decir y de obrar que hace que la Iglesia crezca en profundidad y en extensión.

Aún más: «*La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio instituto. Abriéndose a la comunión con los otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunión, redescubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (cf. Rm 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (cf. 1Co 12, 31)» (CdC 30).*

Pero hemos de entender bien. La comunión y la unidad, esencialmente, no significan reducir la unidad a uniformidad. Por esto, la espiritualidad de comunión es para nosotros una llamada a tener en cuenta los dinamismos de la pluralidad y de la diversidad. La unidad de comunión se realiza en la pluralidad y en la diversidad, ya que esta es la consecuencia de la encarnación de Dios en nuestra historia concreta. La comunión en la fe, en la misma forma de vida que hemos profesado en la Regla, en el testimonio de vida evangélica, no suprime la diversidad de expresión y de realización, sino que, al contrario, la genera.

La pregunta no puede ser: ¿en qué nos distinguimos?, ¿qué podemos hacer?, ¿qué pueden hacer ellos? La pregunta es: ¿quiénes somos?, ¿qué es lo que deseó para todos san Francisco de Asís? Desde la identidad podemos descubrir la diferencia, y esto no significa borrar las diferencias o caer en la igualdad o uniformidad. ¿Somos o no somos un carisma que enriquece el corazón de la Iglesia?

Una comunión operativa

La espiritualidad de comunión, patrimonio y tarea de la vida consagrada en general, y del franciscanismo en particular, nos lleva a poner el acento en la comunión, partiendo de la propia vida, dando forma al tejido de la participación y de la colaboración. Este es el camino que han experimentado las diversas ramas de la familia franciscana, como expresión de la mejora de sus relaciones. Son muchas las iniciativas comunes que manifiestan la unidad en lo que es esencial respetando la diversidad.

Deseo ahora, de forma sucinta, recordar numerosas iniciativas y formas de colaboración y de comunión interfranciscana a nivel local y nacional, que manifiestan este espíritu de comunión.

Conferencia de la familia franciscana (CFF)

Los ministros de este ente son los Ministros generales de la Orden de los Frailes Menores (OFM), de la Orden de los Frailes Menores Conventuales (OFMConv), de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos (OFMCap), de la Tercera Orden Regular (TOR), así como la Ministra general de la Orden Franciscana Secular (OFS), el Presidente de la Conferencia Franciscana Internacional (IFC), o sea, la Asociación Mundial de las Comunidades de la TOR/OSF.

La Conferencia desea promover la comunión entre todos y orientar y proyectar iniciativas comunes. Los Ministros generales, miembros de esta Conferencia, se suceden en la presidencia. Desde hace unos años se reúnen al menos dos veces al año. La Conferencia de Ministros Generales de OFM, OFMConv, OFMCap y TOR, que ya existía con anterioridad, funciona paralelamente.

Instituto Franciscano de Espiritualidad (IFS)

Forma parte de la facultad teológica de la Pontificia Universidad Antonianum (PUA) de Roma. El Instituto ofrece una formación académica y científica y pone a disposición

de los futuros profesores universitarios, formadores y animadores, orientaciones prácticas en el ámbito de la teología espiritual. En el programa del Instituto se le da particular importancia a la transmisión de la espiritualidad típicamente franciscana.

El Instituto está regido por la OFMCap y por la OFM, ya que la mayor parte de los profesores pertenece a estas dos ramas de la Primera Orden. El claustro de profesores está compuesto por expertos de otras comunidades y por algunos laicos. Desde hace unos años, dentro del Instituto y con la participación de formadores de las distintas obediencias franciscanas y de otros institutos religiosos franciscanos, está funcionando un master para formadores franciscanos, organizado por la PUA.

Curso de formación para misioneros. La casa de los Frailes Menores de Bruselas, en colaboración con los Frailes Menores Conventuales y Capuchinos, imparte cada año un curso de formación para futuros misioneros. El curso tiene dos sesiones anuales, una en francés y otra en inglés, y está organizado por los secretarios de las misiones de las tres obediencias antes mencionadas. El curso intenta ofrecer una preparación teórica y práctica para los frailes llamados a la misión ad gentes.

Conferencia Franciscana Internacional.

Abarca las comunidades y congregaciones de la TOR con los despachos internacionales de Roma. Aproximadamente tres cuartas partes de las 400 congregaciones de la TOR que existen en todo el mundo son miembros activos de esta Conferencia. Algunos monasterios de monjas contemplativas de la TOR son miembros asociados.

Franciscan International (FI). Es una organización no gubernamental adscrita a la ONU. Su finalidad es promover valores y objetivos franciscanos (ayuda en favor de los pobres, compromiso por la justicia, la paz y el respeto de la creación, etc.). Junto

con la ONU, interviene en estrecha colaboración con otras iniciativas y grupos afines en las cuestiones cruciales para el futuro de la humanidad.

Misión Central Franciscana (MZF). Tiene su sede en Bonn (Alemania) y constituye un organismo de la Conferencia de Ministros Provinciales de Europa Central. Además de ellos, hay otros miembros “asociados”, o sea, Provincias franciscanas OFM del hemisferio sur, unidas por vínculos personales o históricos con la MZF. Aunque es una institución propia de la OFM, trabaja para toda la familia franciscana.

Otros ejemplos de cooperación interfranciscana:

En América Latina. En 1995 existían ocho centros franciscanos en América Latina, cuyo objetivo era servir a la organización y la renovación espiritual de la familia franciscana en este continente. Además del CIPFE de Uruguay, hay centros franciscanos en Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Guatemala, Paraguay y Perú. Igualmente, en Chile, Colombia y Méjico, los miembros de la familia franciscana crearon una organización propia, sin fundar centros específicos. En Venezuela existe una organización de la familia franciscana y un centro de formación.

El nivel de colaboración entre las distintas ramas de la familia franciscana y la comunión con los centros varía según los países. Probablemente esta cooperación funciona mejor en Brasil. Los centros existentes organizan seminarios, retiros, publicaciones, congresos, programas de formación en favor de la justicia, la paz y el respeto de la creación.

Centro Franciscano de Petropolis (FFB). Este centro se fundó en Brasil con el nombre de CEFEPAL. Sus fundadores percibieron claramente que una renovación auténtica era posible a condición de concentrar to-

das las fuerzas, conduciendo todas las ramas de la familia franciscana a la comunión y colaboración, a pesar de las diferencias. El centro se presenta como una fuente de nuevos impulsos e ideas, significativas y válidas para toda la familia franciscana que reside en Brasil.

Instituto Franciscano de Asia (FIA). Fue fundado en 1980 en Manila (Filipinas). Entre los objetivos del FIA están los siguientes: el conocimiento de Francisco y de Clara, su visión y forma de vida, el reforzamiento del movimiento franciscano, la transmisión de la historia del movimiento franciscano, promover experiencias de la vida franciscana con la oración y otros compromisos, la búsqueda de formas de vida franciscana al servicio de la Iglesia, la promoción del diálogo con las otras religiones del continente asiático, y favorecer la búsqueda y la distribución de publicaciones franciscanas.

Todas estas iniciativas son sin duda signos de la presencia del Espíritu. Signos que fortalecen nuestra identidad y pertenencia y al mismo tiempo manifiestan la riqueza de nuestro patrimonio común, para el bien del mundo y de la Iglesia. El carisma franciscano se presenta hoy como un “estímulo a vivir, a imagen de la Trinidad, en la unidad que Jesús ha querido y ha suplicado al Padre para todos sus discípulos” (VC 101).

Es necesario que los signos de esperanza provenientes de la comunión y de la colaboración interfranciscana sean valorados y profundizados. La familia franciscana, y especialmente nosotros que hemos profesado la Regla del padre san Francisco, tenemos ante nosotros el reto de la comunión, en favor del Evangelio, de la Iglesia, de la vida consagrada y del hombre de hoy.

Comencemos, hermanos,... en comunión.

¹ Cf. *Jn* 17, 20-26: EN 77.

Recordando un momento de gracia: 40 años del Movimiento de las religiosas

Antonia Moioli, s.b.g.

Del 24 al 27 del pasado mes de marzo tuvo lugar un encuentro internacional de religiosas y consagradas de diversas congregaciones e institutos seculares provenientes de diversas partes del mundo, que simpatizan con la espiritualidad del Movimiento de los Focolares. Se quiso conmemorar fundamentalmente el 40 aniversario del primer reconocimiento oficial por parte del papa Pablo VI.

EL año 2011 ha tenido un significado especial para el Movimiento de las religiosas que participan en la espiritualidad del Movimiento de los Focolares. Se ha querido recordar el 40 aniversario de la histórica audiencia del 14 de abril de 1971 en la que Pablo VI, en la Plaza de san Pedro, se dirigió a un numeroso grupo de religiosas de diferentes congregaciones y países de Europa saludándolas como «*religiosas adherentes al movimiento de los Focolares*», y añadiendo la expresión de sus mejores deseos y una bendición especial.

El bautismo del Papa

Estas fueron sus palabras: «*Sé que os habéis reunido para estar cerca del “focolar”, es decir, del Corazón del Señor que irradia caridad, y queréis aprender así en la escuela del Señor,*

junto al fuego (“focolar”) del Señor, para recibir su calor e inflamar vuestros corazones con su caridad. Os bendigo de corazón a todas, a vuestras familias religiosas y también el deseo que tenéis de llevar a vuestros institutos la llama ardiente del Amor y de la caridad de Cristo. ¡Que Dios os bendiga!».

Naturalmente, fue grande la alegría de todas las religiosas allí presentes. Chiara Lubich escribió en seguida una carta a las religiosas que participaban en el encuentro promovido por el Movimiento de los Focolares. Entre otras cosas decía: «*Me alegro con vosotras por varias razones: en primer lugar porque con este encuentro se ha dado inicio oficial y públicamente al Movimiento de las religiosas ‘adherentes al Movimiento de los Focolares’ como os ha definido el Papa.*

También porque este nacimiento ha tenido lugar en la audiencia del miércoles, con la más alta

bendición que sobre la tierra puede imaginarse después de la de Jesús: es como vuestro bautismo por parte del Papa.

Finalmente porque sé por experiencia que, cuando se pone en práctica aunque sólo sea una palabra del Vicario de Cristo, ésta lleva consigo una gracia especial: produce un grandísimo fruto.

Ahora bien, así como Pablo VI les ha exhortado a llevar el fuego del ideal del amor a sus respectivas congregaciones y órdenes, si ustedes lo creen firmemente –como María la creyente– sus familias religiosas se transformarán una a una, haciendo nacer por todas partes cenáculos ardientes de la misma caridad de Cristo, con consecuencias que no podemos ni siquiera imaginar: la recristianización de los ambientes en los que se mueven, conversiones, vocaciones a cada una de sus familias religiosas, renovación de la sociedad por medio del trabajo en los colegios, los hospitales, los orfanatos, y en todas y cada una de las obras apostólicas que Dios ha ido suscitando a través de los fundadores y fundadoras. En fin, queridísimas hermanas, será un incendio...

María ha agregado así a la Obra de María a aquellas personas que más se le asemejan como mujeres que son, y vírgenes, y porque además son madres de Cristo en muchos hermanos; y ahora, con este Ideal, son también generadoras de Jesús presente espiritualmente entre ellas, en sus casas, en sus órdenes y entre las órdenes...

Sí, será una invasión de amor en la Iglesia y en el mundo, porque Dios lleva a cabo sus obras más grandes precisamente a través de las criaturas más débiles...

Permanezcamos muy unidas, aunque estemos lejos físicamente; demos a María la alegría de verse reflejada al menos un poco en cada una de nosotras. En su Corazón Inmaculado, Chiara».

Fueron palabras llenas de sabiduría, que se quedaron impresas en el corazón de las religiosas allí presentes y que se han intentado hacer realidad poco a poco en estos años. Expresan el aprecio y el amor de Chiara Lubich hacia toda la vida consagrada, y su importante invitación a nosotras,

mujeres consagradas, a ser María, y que ella misma se vea reflejada en cada una de nosotras. Y no sólo eso. Muchas de nosotras, permaneciendo fieles al ideal de la unidad, hemos visto realizarse en estos años en las propias familias religiosas aquello que Chiara nos había dicho.

Años más tarde, con ocasión de nuestro 25 aniversario, Juan Pablo II, saludándonos también en una audiencia en la Plaza de San Pedro el 17 de abril de 1996, nos dio una consigna a la que hemos intentado ser fieles en los años sucesivos: *«Saludo (...) en particular a un nutrido grupo de religiosas adherentes al Movimiento de los Focolares, venidas aquí de todos los continentes. Queridas hermanas, la espiritualidad de comunión que la Obra de María promueve y cultiva, constituye una dimensión esencial de la vida cristiana. Os animo a seguir adelante, a vivirla en vuestras comunidades, y en los diferentes ambientes en los que os movéis».*

«Sus familias religiosas se transformarán una a una, haciendo nacer por todas partes cenáculos ardientes de la misma caridad de Cristo, con consecuencias que no podemos ni siquiera imaginar: la recristianización de los ambientes en los que se mueven, conversiones, vocaciones a cada una de sus familias religiosas, renovación de la sociedad por medio del trabajo en los colegios, los hospitales, los orfanatos, y en todas y cada una de las obras apostólicas que Dios ha ido suscitando a través de los fundadores y fundadoras. En fin, queridísimas hermanas, será un incendio...».

La celebración del 40 aniversario

Al cumplirse ahora el 40 aniversario pensamos que podía ser oportuno escribir una

carta a Benedicto XVI para manifestarle nuestra cercanía, oración y unidad con su magisterio. Le hemos escrito, en nombre de todas las consagradas, agradeciéndole cuanto ha dicho sobre la comunión, y le hemos expresado nuestro compromiso para abatir muros y construir puentes, pidiéndole su bendición.

Poco después nos llegó una respuesta suya que nos llenó de alegría: *«Con ocasión del 40 aniversario de vuestro comienzo, el Sumo Pontífice agradece su atento gesto, signo de comunión y de afecto espiritual, con el valor añadido de asegurar constantes oraciones; mientras pide abundantes dones del cielo y la materna protección de la Virgen María para la apreciada aportación del Movimiento de los Focolares en la causa de la unidad de los creyentes en Cristo, de corazón le envía a Ud. y a las religiosas que siguen el carisma de Chiara Lubich y que se han unido a este filial acto de homenaje, una especial Bendición Apostólica, extendiéndola con gusto a las comunidades religiosas a las que pertenecen y a sus familiares»*.

En nuestro corazón brotó en seguida un sentimiento de gratitud hacia la Iglesia que en estos 40 años nos ha ido indicando el camino a través de los Papas. Como religiosas y consagradas, de institutos seculares y claustrales, el participar en la experiencia eclesial de la Obra de María nos ha hecho ser mujeres consagradas que viven en comunión, teniendo un gran amor por nuestra propia familia religiosa y, procurando ser, como decía Chiara, *«nuestros fundadores y fundadoras vivos hoy»*.

Con ocasión de este encuentro de marzo de 2011 hemos recibido otro don muy importante para nosotras: un vídeo mensaje de María Voce, la Presidente del Movimiento de los Focolares, que en esas fechas estaba en Estados Unidos. Agradeciéndonos la fidelidad al ideal de Chiara, y recordando a tantas de entre nosotras que ya están en el paraíso, nos ha confiado tres desafíos: el

diálogo a todos los niveles; el vivir la espiritualidad de comunión; y seguir el camino de cada uno de nuestros fundadores viviendo en unidad con todos.

Somos conscientes de que todo aniversario trae gracias especiales y por eso hemos querido celebrar, aunque de forma sencilla, nuestro 40 aniversario, dando gracias a la Trinidad por los dones recibidos, por habernos hecho experimentar de forma constante la presencia del Hijo presente entre nosotros, y por toda la Obra de María que nos ha mirado y acompañado con delicadeza y sabiduría como a hijas de nuestros carismas. La presencia de los primeros focolarinos y focolarinas en dicha celebración, así como la de algunos de los responsables centrales del Movimiento de los Focolares, nos ha demostrado una vez más todo el amor que siempre han tenido hacia las religiosas.

Mensajes del mundo

Durante el encuentro, una tarde tuvimos una conexión vía internet con distintos puntos del mundo, permitiendo así a muchas consagradas y monjas vivir en directo y en comunión aquello que estábamos celebrando en el Centro Mariápolis de Castel Gandolfo.

He aquí una impresión desde Porto Alegre: *«Gracias por la espléndida transmisión de nuestro 40 aniversario que nos ha unido estrechamente. Nos sentíamos con vosotras en la misma sala y en el corazón de la Obra de María. Nos hemos sentido envueltas en la luz del carisma, y, al ir recorriendo las etapas de nuestra historia, hemos sentido una gran alegría y gratitud hacia Chiara por habernos dado la posibilidad de vivir y testimoniar la plenitud y la belleza de esta vida.*

También nosotras hemos experimentado con fuerza a Jesús vivo entre nosotras. El carisma de la unidad nos interpela e invita a ser nuestros carismas vivos hoy, pero vividos en comunión. Es algo que exige un verdadero cambio de mentali-

dad de nuestra parte, algo que estamos llamadas a hacer realidad junto con toda la Iglesia; y queremos corresponder positivamente a esta “vocación añadida” a la cual Dios nos ha llamado a través de Chiara. Así ha nacido en nosotras espontáneamente el deseo de comunicar a muchas otras hermanas nuestras lo que hemos visto y vivido en estas horas de paraíso. Ahora estamos viendo cómo llevar esto a cabo. Muy unidas en esta gran familia que nos hace uno».

En este sentido hemos propuesto además a muchas otras religiosas, monjas y consagradas que no han podido estar presentes en nuestro encuentro que celebren también el 40 aniversario según sus posibilidades en las distintas zonas del mundo.

Las primeras en hacerlo han sido las religiosas de Vietnam: «Hoy, 27 de marzo, nos hemos reunido para celebrar nuestro 40 aniversario. Éramos 28 religiosas de 8 congregaciones: jóvenes, superiores, maestras de novicias. Hemos vivido un profundo momento de comunión, nos hemos sentido todas hermanas, comprometidas en trabajar por llevar adelante cada día la unidad en la Iglesia. Hemos visto el mensaje de María Voce, el tema de la espiritualidad sobre la voluntad de Dios, y comentado algo sobre nuestra historia».

Desde Recife: «Hoy he vuelto más seriamente a aquello que conocí de pequeña y que sigo viendo como religiosa. Quiero vivir con más seriedad la comunión con Jesús crucificado y abandonado, como verdadera esposa, y caminar así con más decisión hacia la santidad. Para mí ha sido muy fuerte vivir, renovar y profundizar con mis hermanas lo esencial de nuestros carismas. Chiara Lubich es para mí un faro que me lleva al encuentro con el Padre».

Desde Australia: «Aunque estemos muy lejos y no podamos participar en ese encuentro, no dudamos de estar en el centro del Movimiento. Esto es algo que nos da fuerza a las que estamos en el otro extremo del mundo».

Y una religiosa joven ha dicho: «Este 40 aniversario es el comienzo de aquella aventura

que hace que el Movimiento de las religiosas haga más bella la Iglesia. Son muchos los desafíos personales y de nuestro mundo que se me presentan como consagrada hija de Dios, sí, pero también de este tiempo nuestro cada vez más fragmentado. De aquí surgió precisamente un impulso de renovación, y se repite hoy 26 de marzo de 2011, ahora. El 40 aniversario no es sólo un recuerdo del pasado, sino que es vida que va adelante, que sabe mirar con realismo nuestros fracasos y conquistas; que da sentido a nuestro respirar y que lo transforma en deseo de Dios y voluntad de unidad. Sí, porque de esto es de lo que nosotros tenemos necesidad y también la humanidad».

«El Sumo Pontífice agradece su atento gesto, signo de comunión y de afecto espiritual, con el valor añadido de asegurar constantes oraciones; mientras pide abundantes dones del cielo y la materna protección de la Virgen María para la apreciada aportación del Movimiento de los Focolares en la causa de la unidad de los creyentes en Cristo, de corazón le envía a Ud. y a las religiosas que siguen el carisma de Chiara Lubich y que se han unido a este filial acto de homenaje, una especial Bendición Apostólica, extendiéndola con gusto a las comunidades religiosas a las que pertenecen y a sus familiares».

La fecha de nuestro 40 aniversario sigue iluminado nuestro caminar y nos deja el compromiso de seguir trabajando por la unidad. Creemos que así el testimonio de cada una abrirá a tantas otras religiosas, sobre todo jóvenes, nuevos caminos de comunión y de fraternidad. Con nuestra vida vida así daremos una aportación, junto con otros, a la realización de la palabra de Jesús: «Que todos sean uno para que el mundo crea».

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad- II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.
79. Iglesia «semper reformanda».

Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.

LA BIBLIA COMENTADA POR LOS PADRES DE LA IGLESIA



Obras publicadas:

Apocalipsis

Josué, Jueces, Rut, 1-2 Samuel

Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares

Isaías 1-39

Los doce profetas

Santiago, 1-2 Pedro, 1-3 Juan, Judas

Evangelio según san Marcos

Génesis 1-11

Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio

Evangelio según san Mateo 1-13

Romanos

1-2 Corintios

Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, 1-2 Timoteo, Tito, Filemón

Génesis 12-50

Evangelio según san Mateo 14-28

Evangelio según san Lucas

Galatas, Efesios, Filipenses

Job

Editor general

THOMAS C. OREN

Director de la edición en castellano

MARCOS MENDES ROMÁN

La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia es una colección que abarca todo el canon de las Escrituras y ofrece a los lectores la oportunidad de acceder a los principales escritos de los Padres de la Iglesia. Siguiendo los libros de la Biblia, cada comentario presta su voz a esas grandes figuras que, durante los siglos de formación de la Iglesia, estudiaron y amaron la Palabra de Dios.

Precio de cada volumen 35€

Último volumen publicado

Job

próximo volumen en preparación

Hechos de los apóstoles


Ciudad Nueva

Adquieralos en su librería,
en nuestra página web www.ciudadnueva.com
o llamando al teléfono 91 725 95 30